

retamatch

BOLETÍN PARA PADRES • Nº 113 • DICIEMBRE 2002



TESTIMONIOS



TESTIMONIOS

BOLETÍN PARA PADRES
Número 113
DICIEMBRE 2002

Director:
Luis Javier de la Vega

Realización:
Jaime Pellico

Edita:
Retamar S.A.
Pajares, 22.
28223 Madrid

Imprime:
Torreangulo. Arte
Gráfico. S.A.
Reus, 8
28044 MADRID

Depósito Legal:
A.V. 85-1976

Presentación4

Testimonios I

Alegría y ambiente de familia	7
La inversión más importante	9
Los campos de deporte	10
El mejor colegio no es el que está más cerca de casa	12
Con la dignidad que se merecen como personas	14
Un motivo para seguir adelante	15
Retamar, el colegio de mis hijos	16
Algo especial	18

Influjo de San Josemaría en la educación

<i>por Alfonso Aguiló</i>	19
---------------------------------	----

Testimonios II

El matrimonio, camino de santidad	31
Hacer las cosas bien	34
Un equilibrio imprescindible	36
Con la paciencia de un monje del medievo	37
Educar es asunto de dos	39
Retamar solo no puede	41

San Josemaría y el Colegio Retamar

<i>por Ignacio López-Jurado</i>	43
---------------------------------------	----

Testimonios III

Yo le debo mucho	51
Una entrevista inolvidable	52
Un segundo hogar	54
A plena satisfacción	55
Modelos	57
Una visita importante	59
A un amigo que nunca conocí	60
El oasis	61

San Josemaría Escrivá y la educación

<i>por Juan Cesáreo Ortiz Úrculo</i>	62
--	----

Hay imágenes que no se borran nunca. La mañana del 6 de octubre –inmediata todavía en nuestros corazones– será siempre unos de esos recuerdos que marcan un hito en la vida de las personas. La solemne canonización del beato Josemaría Escrivá de Balaguer por S.S. el Papa Juan Pablo II fue motivo de especialísima alegría para toda la Iglesia. Retamar estuvo allí. Miles de personas relacionadas con el Colegio viajaron, por los más variados medios, para testimoniar a San Josemaría su gratitud. Roma ha sido, una vez más, lugar de convergencia, final esperado de cientos de caminos procedentes de los más variados lugares. Allí estuvieron representados amplisimamente los padres, los antiguos alumnos, los alumnos actuales y todos los que trabajan en Retamar. ¡Qué bien se rezó esa mañana en el inmenso recinto! En el silencio de la muchedumbre se puede rezar con el mismo recogimiento que en la soledad del santuario.

Ya de regreso, con la serenidad gozosa de una vivencia inigualable, y con la perspectiva de la distancia, reanudamos la tarea –ya prevista en el programa establecido con motivo del Centenario del nacimiento de San Josemaría– de publicar un segundo Boletín para Padres. Ni que decir tiene que la ilusión por tan entrañable trabajo había aumentado más, si eso es posible, que cuando acometimos –hace poco más de un año– dicho programa.

Resulta evidente, dado su formato y características, que se ha pretendido buscar una unidad con el anterior Boletín, editado en enero de este mismo año, y en el que se recogían parte de las enseñanzas de San Josemaría en

materia de educación. Esta vez hemos intentado sencillamente darle las gracias a través de los testimonios de un grupo de personas vinculadas todas ellas familiarmente con el Colegio. Emociona leerlos. Desde la madre de familia que no lo conoció en persona y sí lo encontró en la labor realizada con sus hijos, hasta el matrimonio que tuvo la fortuna de ser recibido por él un mes antes de su marcha al Cielo; desde una prestigiosa escritora –desinteresada colaboradora de Retamar– que habla de la trascendencia de sus enseñanzas, hasta el Antiguo Alumno –famoso deportista hoy en día– que ha encontrado, gracias a él, las fuerzas necesarias para salir de los momentos difíciles y seguir adelante. Todos ellos son preciosos documentos repletos de sinceridad y de cariño, ejemplo y muestra de otros muchos que podrían llenar páginas y páginas de Boletines similares.

El número se completa con la publicación de un extracto de las conferencias pronunciadas en Retamar por D. Ignacio López-Jurado y D. Alfonso Aguiló, así como un breve artículo de D. Juan Ortiz-Úrculo, que comentan desde diferentes puntos de vista las ideas educativas de San Josemaría.

Nos resta añadir que el intento de encerrar en nuestras publicaciones la claridad de su doctrina y su inigualable personalidad será siempre un pálido reflejo de su presencia viva entre nosotros. Gracias a ella, todos los que participamos –padres profesores y alumnos– en el día a día del quehacer colegial, podemos ejercitarnos en vivir al segundo su riquísimo legado.

Alegría y ambiente de familia



En 1966, año en que Retamar empezó su singladura, entró en el Colegio el mayor de mis cinco hermanos varones. Desde entonces y sin interrupción, mi familia ha estado presente en el Colegio.

Durante esos primeros años, era consciente de que mis hermanos iban a un buen colegio y que lo pasaban muy bien, sobre todo si conseguían, por buen comportamiento, el carnet necesario para «cazar grillos». En casa de mis padres eran habituales las cenas

con los preceptores, que acababan siendo «como de la familia», y se esperaba con gran emoción la Fiesta de Final de Curso, de la que me honro haber sido madrina.

En la actualidad soy madre de cinco alumnos, y con la perspectiva de todos estos años, veo claro que, aunque han mejorado las instalaciones del Colegio, hay más alumnos y profesores, más medios humanos y materiales..., el espíritu del Colegio es el mismo, y ahora comprendo que ese espíritu es el que legó San Josemaría Escrivá de Balaguer.

Son muchas las virtudes y enseñanzas que se han visto plasmadas en el Colegio, pero me gustaría destacar dos que están muy unidas: la alegría y el ambiente de familia.

Es habitual ver a los alumnos riéndose por los pasillos, contentos, orgullosos de su Colegio. Alumnos que son tratados como personas individuales, a los que se llama por su nombre y se conoce a su familia a través del preceptor.

Igualmente se nota un ambiente de trabajo cordial y de amistad entre los profesores y el personal no docente, que se traslada al trato con las familias, atendiéndonos a los padres, con cada una de nuestras preocupaciones, siempre con buena cara... aunque se alarguen considerablemente las reuniones.

No puedo olvidar el corazón del Colegio: «las cocineras», que hacen las veces de madre con nuestros hijos y se desviven, no sólo por alimentarles, sino por cuidar esos detalles (postre un día especial, chocolate para celebrar la primera comunión, etc.) que hacen del Colegio una gran familia y que, en cada fiesta de primavera, de navidad, de fin de curso, nos deleitan con succulentos platos y sobre todo con maravillosas sonrisas.

Ana Alonso de Velasco Esteban

La inversión más importante



Respondiendo a la invitación que me dirigió la Dirección del Colegio y con motivo de la celebración del centenario del nacimiento de San Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei, me ha parecido oportuno ofrecer mi pequeña contribución a los actos que con ocasión de tan importante fecha se van a celebrar.

Una contribución que no pretende ser sino una reflexión en voz alta con la que trataré de dar respuesta al porqué de la decisión de haber elegido el Colegio Retamar como el más adecuado para la educación de nuestros hijos, afirmación que en sí misma me llena de satisfacción porque creo que no hay cosa que pueda ser más importante que el poder elegir libremente el Colegio, y con ello el ideario y el proyecto educativo que uno considera más

acorde con su forma de pensar. Una elección que, en nuestro caso, tiene como raíces profundas el deseo de que nuestros hijos reciban la misma formación que nuestros padres nos procuraron.

Estoy convencido de que no hay inversión más importante en esta vida que la que uno realiza con la educación de sus hijos, buscando en esa educación no sólo el rigor y el nivel académico que garanticen para ellos un futuro profesional, sino algo que sin duda compensa con creces cualquier esfuerzo, como es la formación integral de la persona. Y es precisamente este último aspecto el que es objeto de mayor atención por parte del Colegio Retamar, a través de la figura del preceptor, en la que nuestros hijos encuentran el complemento necesario para una adecuada educación en valores humanos y cristianos que vienen a conformar su personalidad, y que aparece como punto de enganche entre los padres y el colegio en ese deseo de orientar de la forma más adecuada los años de vida escolar, conscientes de que la tarea educativa y formativa es fruto de esa puesta en común de padres y profesores que para nosotros, y con el Colegio Retamar, se desarrolla en perfecta armonía.

El ir descubriendo en nuestro hijos ese afán por ejercitarse en valores como la honradez, la generosidad, la constancia, la laboriosidad, la alegría, el optimismo o el ejercicio de la libertad, al tiempo que nos llena de satisfacción y nos reafirma en el acierto de la decisión tomada en cuanto a la elección del Colegio, supone un compromiso para nosotros que debe traducirse en ese deseo de reafirmar con el ejemplo y en el ámbito familiar los valores que padres y profesores tratamos de inculcar en ese corresponsable ejercicio de educar. Todo ello desde la convicción de que a lo largo de su vida podrán comprobar que más importante que la mejor o peor preparación intelectual es ser portador de cualidades como la coherencia que uno muestra en su forma de actuar, el ejemplo que sabe dar con su buen hacer, la ayuda que se sabe prestar ante el requerimiento ajeno, o la lealtad con la que los demás se ven correspondidos.

Tenemos por delante una difícil pero apasionante tarea que demanda nuestro generoso esfuerzo, pero que encuentra en el ideario y en el proyecto educativo del Colegio Retamar, además de la adecuada recompensa, la garantía de contribuir al éxito en la construcción de la sociedad del mañana.

Carlos Mayor Oreja

Los campos de deporte

Alguien me dijo una vez que le gustaba mucho *el modelo* de Retamar porque es un colegio con muy buenas instalaciones, libres de la contaminación de Madrid. Puede que esto sea cierto pero no es exactamente la idea de **modelo** de Retamar que yo tengo. Ni tampoco es la razón por la que mis hijos se educan en este Colegio.

¿Cuál es el campo de deporte que nos interesa?, ¿qué buscamos la mayoría de los padres del Colegio?, ¿nivel académico?, ¿nivel social?, ¿inglés? El Colegio ha demostrado los niveles que tiene y los esfuerzos que hace para mejorarlos día a día. Pero estos niveles pueden encontrarse en algunos otros centros, quizás más cercanos a nuestro domicilio.

Los campos de deporte que buscamos muchos padres son los que permiten practicar los valores y virtudes de los hombres de bien, los que harán de nuestros hijos personas completas, con capacidad para integrarse en su sociedad y colaborar en su construcción. Personas con capacidad para dar, para darse, como condición primera para poder recibir de la vida lo que la vida puede dar. Además, las lesiones no suelen ser importantes en este deporte y la edad no es una limitación para practicarlo.

Retamar cumple estas expectativas porque tiene estos mismos objetivos. Como obra corporativa del Opus Dei sigue los ideales

que marcó San Josemaría. Es una forma de entender la vida, imbuida del humanismo cristiano que tanto vuelve a resonar últimamente, una vez más. Hay otras formas, pero esta es la de Retamar. Siguiendo con el símil deportivo podemos decir que Retamar tiene su camiseta, su estrategia, su presupuesto y sus objetivos que son los que comentábamos antes. El que está en este equipo tiene que jugar así.

Aspirar a que nuestros hijos sean felices es una actitud propia de la paternidad. El anhelo de la felicidad es profundamente humano. Si somos capaces de hacer de nuestros hijos “buenos deportistas” en los valores a los que hemos aludido, el Colegio será una ayuda inestimable y una herramienta muy eficaz. Sus pistas son inmejorables para practicar este deporte que esperamos vaya dejando de ser tan poco común como lo es en la actualidad.

Manuel de Cominges Guío



El mejor colegio no es el que está más cerca de casa



Ya hemos comentado alguna vez que no fue fácil la elección de Colegio. Es una gran inquietud la de los padres que buscan una formación integral para sus hijos: que no se limiten a acumular conocimientos académicos, sino que aprendan a ser personas, que sepan tener criterio, que vayan formando y dominando su carácter, que se vayan preparando para ser verdaderos cristianos en el difícil medio del siglo XXI.

Nuestra primera inclinación fue la de continuar donde habían empezado la educación infantil. Uno oye decir que “el mejor colegio es el que está más cerca de casa”. Creo que la Providencia nos encaminó a Retamar. Hoy estamos convencidos que hemos acertado.

Aquí hemos encontrado que, en la realidad y no sólo en los programas, se presta mucha atención a los alumnos y se les hace un verdadero seguimiento. El tutor y los profesores, el preceptor y los sacerdotes, cada cual desde su particular misión, lo van siguiendo de cerca como alumno, como persona, como cristiano. Todos ellos se toman verdadero

interés. Creo que la palabra es “vocación para la educación”. Cuando hemos necesitado hablar con alguno de ellos, nos han dado facilidades y hemos tenido la experiencia de que estaban al tanto de cada problema y se mantenían atentos a los acontecimientos. Y si ha habido que intervenir, se ha hecho con sensatez, prudencia y afecto.

Nuestra comunicación con el Colegio es francamente buena. Aunque a veces nos cuesta encontrar el hueco para asistir a las reuniones, agradecemos que siempre nos son útiles. Nos parece muy positivo que se oriente a los padres y se les informe sobre las directrices académicas, sobre el desarrollo del curso y sobre la marcha de los chicos. Vaya nuestro reconocimiento por la dedicación y sacrificio del director y los profesores al ofrecer su disponibilidad sistemáticamente, de forma abierta y franca y ¡hasta muy tarde!

Los padres sentimos así que en el Colegio prolongamos nuestra tarea educativa, de forma que se cumple la recomendación: *“El colegio tiene que ser una ampliación de vuestro hogar”*.

Pero como cristianos que quieren ser practicantes, lo que más valoramos en Retamar es que se vive un ambiente cristiano. La fe se enseña, se demuestra, se vive y está presente en todas las actividades. Este aspecto, que en nuestra infancia era un valor común, cobra hoy una importancia inmensa frente a los aires abiertamente anticristianos y hostiles contra todo lo católico que se respiran en instituciones y medios. En este campo Retamar desempeña un papel absolutamente insustituible en la España de nuestros tiempos.

Todo esto serviría de poco si los chicos no fuesen contentos al Colegio. La alegría y la ilusión con que salen de casa todos los días confirman que la convivencia diaria se da en un clima sano, simpático y lleno de optimismo. Los ejemplos, numerosos, de antiguos alumnos que siguen viéndose, unidos por el vínculo de Retamar, demuestran que en el Colegio vivieron una amistad auténtica. Eso nos anima y nos llena de esperanza sobre el futuro de nuestros hijos. Y avala que el Colegio se lleva con cariño y profesionalidad.

En Retamar hemos encontrado además una especial sensibilidad y comprensión con las dificultades de las familias numerosas, para las que predomina la aritmética de la multiplicación.

Retamar no se duerme en los laureles. Nos gusta ver que se trabaja para mejorar y estar al día. Se analiza, se pregunta, se escucha y se ponen los medios para tratar de corregir lo que parece mejorable y para no quedarse atrás en la edad de internet.

Por todo ello, ¡gracias Retamar!

María Bernaldo de Quirós y Juan José de Olazábal

Con la dignidad que se merecen como personas



Con ocasión del Centenario del nacimiento del Fundador del Opus Dei, quiero dejar testimonio de las muchas cosas buenas, fruto de su mensaje, que veo transmitir en el Colegio Retamar.

De manera particular, llama la atención el cariño en el trato personalizado que dedican a cada niño. Sorprende más cuando se piensa que Retamar tiene cerca de dos mil alumnos.

En Retamar los alumnos son tratados con la dignidad que se merecen como personas (se trata con el mismo respeto a un niño de seis años que a otro de dieciséis), y con una dedicación y cariño poco frecuentes en esta sociedad angustiada y con prisas.

En el terreno de la formación tanto humana como de la doctrina católica, no creo que exista otro colegio mejor.

Otro de los rasgos distintivos de este Colegio es la alegría que se respira y la libertad con que se desenvuelven los chavales.

Agradezco al Fundador del Opus Dei lo que tiene de “culpable” en la existencia de Retamar.

María Aguirre de Bernar

Un motivo para seguir adelante



Cuando hace unos días me pidieron expresar por escrito en breves palabras lo que mi larga estancia por el Colegio Retamar ha supuesto en mi vida, sabía que no sería muy difícil.

Durante los 12 años que duró mi estancia en el Colegio, es decir, toda mi etapa de EGB, BUP y COU, tuve la suerte

de, aparte de conocer a infinidad de compañeros, poder asimilar los valores que creo que durante mi vida han sido pilares fundamentales para mí.

A lo largo de mi carrera profesional he tratado siempre de respetar a todos mis colaboradores como me enseñaron, siempre pensando en el trato que a mí me gustaría recibir. En cualquier caso, resumir en pocas palabras el poso que la obra de Monseñor Escrivá de Balaguer dejó en mí tras pasar por el Colegio no es fácil, pero lo que sí os puedo decir es que en los momentos difíciles de mi carrera profesional y de mi vida privada, siempre he encontrado el motivo para conseguir las fuerzas de seguir adelante, dedicándoselo con orgullo.

Creo también que en los momentos difíciles siempre hay alguien que está peor, y esa escala de valores ayuda, para dar la importancia en su justa medida a las cosas que nos rodean en el día a día. Esto lo he considerado siempre muy importante para no olvidarnos de los demás.

Aprovecho esta ocasión para agradecer a toda la plantilla de profesores, que durante tantos años me aguantó, y quiero expresar aquí también lo orgulloso que siempre me he sentido de haber estudiado y pertenecido a la gran familia del Colegio Retamar.

Carlos Sainz

Retamar, el colegio de mis hijos

Somos padres de nueve hijos. De ellos, seis varones que estudiaron en Retamar.

Deseo hoy, en el centenario del Fundador del Opus Dei, Josemaría Escrivá de Balaguer, con profundo agradecimiento, dedicar estas palabras a una de sus numerosas iniciativas apostólicas que ha dejado una huella indeleble en nuestra familia: el Colegio Retamar. Y mientras estas palabras van saliendo de mi corazón agradecido, no puedo por menos que tener presente la figura egregia, simpática, del Fundador, que supo engendrar estos bienes. Por eso es Padre.

Hemos tenido hasta cinco hijos estudiando a la vez en el Colegio. Estos varones nuestros son muy distintos unos de otros; menos mal que tuvimos hijos y no clones... Algunos fueron premios de estudio; otros aprobaron por los pelos. Lo normal. Pero hoy son todos hombres de bien y cristianos comprometidos. Todos trabajan repartidos por nuestra geografía; algunos en otros países; todos luchando por hacer de este mundo un lugar mejor y más justo. Más alegre.

Han ido pasando los años y ellos se acuerdan con un entrañable cariño de su Colegio. «Es el mejor», dicen. Algunos ya se han casado. Tienen hijos. A veces surgen simpáticas discusiones sobre dónde estudiarán sus hijos. «Esto no es negociable» insisten. Sus mujeres, con un sentido más logístico y pragmático, piensan que quizás sea más interesante ir al colegio más cercano. «Nuestros hijos irán a Retamar», afirman. Y a mi mujer y a mí nos sorprende y alegra ver en ellos ese cariño y esa fidelidad agradecida por su Colegio ¡Qué gran tesoro es esto! ¡Querer a su Colegio! Y no se lo pusieron fácil... Por eso, ahora, lo valoran. El Colegio les exigió; el Colegio les enseñó; el Colegio les formó en el sacrificio generoso. Sin miedos, sin titubeos, sin complejos; con el pleno convencimiento de que «lo que mucho vale, mucho cuesta».

Teníamos clara la idea de que el colegio no sustituye a los padres en la educación de los hijos, pero puede ser un complemento potentísimo, definitivo, cuando se da esa coherencia educativa entre el colegio y el hogar. Esa armonía del acorde musical; cuatro notas que armonizan entre sí: el ideario del colegio, los padres, los profesores, los alumnos: «do, mi, sol, si»... Lo que nuestros hijos oían en casa lo oían en el Colegio. Conocían esa música. Hay cosas que pueden y deben decir los padres; otras que debe decir el colegio. En este abrazo de familia y colegio se iba sembrando, con esmero, esa buena semilla que, siempre, acaba por brotar y dar su fruto; bueno si la semilla es buena, malo si... Fue muy buena; por eso hoy, ellos cantan los recuerdos de su Colegio, ese «do, mi, sol, si» que supimos orquestar Retamar, mi mujer y yo.



Cuando espero mi nieto número doce, contemplo con un hondo gozo el fruto de unos hijos cristianos auténticos. Nosotros queríamos que fuese así y Retamar nos ayudó. No queríamos una educación para colocar bien a nuestros hijos y que ganasen dinero. Tampoco deseábamos una educación para que fuesen profesionales eficaces en la vida; eso está bien pero no es suficiente. Buscábamos una educación integral del ser de nuestros hijos. Se trataba de formar, desarrollar ese hombre completo que, en germen, había en cada uno de ellos; sacar de la piedra a ese David de la sinceridad, la lealtad, la generosidad, la pureza, la reciedumbre, la fortaleza, la alegría... mientras sus cabezas se llenaban de mucha ciencia buena. Ser mejores hijos de Dios. Porque estábamos convencidos que esos hijos no eran nuestros, eran de Dios y para Dios. Era esta una educación de muchos quilates que requería el complemento de un colegio con muchos quilates; que fuese para nuestros hijos como una prolongación de su familia. Buscamos, probamos otros colegios, lo encontramos en Retamar.

Y no puedo evitar que el agradecimiento me haga escribir estas líneas, durante el centenario de un hombre de Dios excepcional, Josemaría Escrivá de Balaguer, que, con la visión y fuerza que sólo puede dar ese Dios que por encima de todo es Padre, supo dar a luz una obra apostólica con la grandeza humana y sobrenatural de Retamar.

Termino estas palabras con un deseo: que mis nietos, cuando llegue su momento, sientan esto mismo y, así, esa hermosa canción del «do, mi, sol, si» se siga oyendo en nuestros hogares y de ahí, al mundo entero.

Santiago Mata y Julia Gutiérrez

Algo especial



Llevo en contacto con el Colegio desde 1986, cuando mi hijo mayor empezó sus estudios. A lo largo de estos años, he podido comprobar cómo, a pesar de la fuerte influencia producida por una sociedad con escaso sentido religioso, los valores y virtudes cristianas se han seguido impartiendo con el mismo entusiasmo.

Gracias a ello, nuestros hijos son personas íntegras, con firmes creencias religiosas, que consideran que la familia es la base de la sociedad, que saben sacrificarse por los demás, con afán de superación y muy orgullosos de ser alumnos de Retamar.

Todas estas cualidades son apreciadas por personas ajenas al Colegio, y puede servir como ejemplo lo que me ocurrió con la profesora particular de francés de mis hijos, acostumbrada a tratar con todo tipo de gente, quien en una ocasión me comentó: “los alumnos de Retamar tienen algo especial”.

Aprovecho la ocasión del centenario de San Josemaría Escrivá de Balaguer para darle las gracias a él y al Colegio Retamar por la gran labor que han realizado con mis hijos, y que me gustaría que continuaran con mis nietos.

Dolores Rodríguez-Marina

Influjo de San Josemaría en la educación

por Alfonso Aguiló

VALIOSAS APORTACIONES

El Fundador del Opus Dei ha realizado valiosas aportaciones a la educación. Y las ha realizado sin haberse propuesto escribir ningún tratado sobre el tema, sin hacer ninguna escuela pedagógica. Josemaría Escrivá insistió siempre en que el Opus Dei no tiene opinión o escuela corporativa particular en materias teológicas o filosóficas. Y por tanto tampoco tiene una escuela pedagógica propia. O sea, no hay un estilo pedagógico propio del Opus Dei.

Se manifiesta de modos diversos según los países, las épocas, los tipos de personas. Es bastante distinto cómo se manifiesta ese

influjo en una escuela rural en Argentina o en Filipinas, o en un colegio aquí en Madrid o en Chicago, ahora o hace veinte años o dentro de cuarenta o cuatrocientos. El espíritu es y será el mismo, pero dependiendo de las épocas y de las personas se manifestará de forma distinta.

GRAN DIVERSIDAD

Y una de las razones por las que se manifiesta de forma distinta es porque son distintas las personas a través de las cuales se ejerce ese influjo. Una persona, por ser de la Obra, o por querer vivir el espíritu

de la Obra, no pasa a ser más inteligente, ni deja de poder equivocarse, ni deja de tener errores personales. Pero sí tiene encendida dentro del alma una luz, la luz de una vocación divina, que da a su vida un sentido de misión, una gracia especial de Dios, una aspiración a la santidad. Y algo parecido podría decirse con una institución educativa, con una obra corporativa del Opus Dei. Tendrá aciertos y errores, puntos fuertes y puntos débiles, pero siempre con ese sentido de misión, con esa luz divina que aporta una conciencia de estar llamados a una misión.

UN SELLO CARACTERÍSTICO

En las actividades educativas animadas por este espíritu puede apreciarse un sello, unos rasgos característicos. Si un observador medianamente perspicaz visitara con detenimiento este colegio, advertiría enseguida unos rasgos de un ambiente y fisonomía característicos, que por cierto no siempre son fáciles de definir. El hecho de que no sean fáciles de definir puede entenderse como positivo, puesto que la mayoría de las realidades en la vida no son sencillas de explicar, se resisten a reducirse a recetas o definiciones simples.

UNIDAD DE VIDA

Empecemos a hablar de esos rasgos característicos. Uno primero que yo quisiera que fuera la espina dorsal o la columna vertebral de esta sesión, es la *unidad de vida*. Es una expresión acuñada por San Josemaría. Podría decirse que así como la sinceridad es adecuación entre lo que se piensa o se siente y lo que se dice, la unidad de vida va mucho más allá:

sería, por decirlo de una manera sencilla, la adecuación entre lo que se piensa, se dice, se hace... y se debe hacer. Es como la coherencia y la autenticidad integral en la orientación de la vida.

Y digo que quería que la unidad de vida fuera el hilo conductor de esta sesión porque es lo que a mi juicio mejor define la influencia del espíritu del Opus Dei, la influencia de Josemaría Escrivá, en una institución como ésta. Porque todo lo que se hace ha de estar impregnado de esa unidad de vida, que hace manifestarse el espíritu en la vida de cada momento. Es lo que aún y da juego a todo, la clave del arco.

UNA ESCALA DE VALORES NOVEDOSA

San Josemaría también aportó una idea que todos probablemente habréis oído muchas veces. Es una escala de valores muy novedosa. Dijo muchas veces que en la enseñanza lo primero debían ser los padres; lo segundo, el profesorado; lo tercero, los alumnos. Y solía añadir, dirigiéndose a los padres: “Vuestros hijos –no os ofendáis– están en tercer lugar. De esta manera marcharán bien”.

ESPÍRITU DE LIBERTAD

El espíritu de libertad también ha de ser siempre otro rasgo muy característico en una actividad educativa alentada por el espíritu del Opus Dei. Se trata de que la gente se forme en libertad. Esto es una cosa enormemente difícil, porque educar en libertad, no es simplemente dar libertad, que eso lo hace cualquiera, sino enseñar en libertad a utilizar bien la libertad.



Recuerdo una anécdota, de hace un tiempo, que sucedió en un tren. Dos chicos de trece años, que volvían de Madrid, junto con otros alumnos, y tuvieron que distribuirse entre dos vagones, porque no había otros billetes. Esos dos chicos iban en uno de los vagones sin ningún profesor con ellos, porque iba en el otro con los demás alumnos. Estaban viendo la película que se proyectaba en el tren. Y a medida que pasaba el tiempo la película se fue poniendo peor —en su contenido moral, me refiero—, y entonces aquellos dos chavales, que iban solos, se miraron un momento, se quitaron los auriculares, dejaron de ver la película y se pusieron a charlar animadamente. Todo esto no pasó inadvertido para un pasajero que había cerca de ellos, que lo vio todo. Era un hombre observador, un hombre que reflexionaba sobre las cosas que veía. Y pensó que es una cosa muy sorprendente que dos chavales de trece años sin ningún profesor delante actúen así. Pensó que esos chavales tenían una formación muy especial. Y los

estuvo observando todo el resto del viaje. Eran chicos despiertos, activos, alegres, nada apocados. Al llegar a su ciudad los abordó, y les preguntó que dónde estudiaban, en qué colegio. Y supo entonces que estudiaban en un colegio que, como éste, estaba alentado por el espíritu del Opus Dei. Y esa persona fue al día siguiente a matricular a sus hijos en ese colegio, y gracias a eso sabemos esta anécdota. A aquel hombre le cautivó ver cómo dos chicos estaban educados en la libertad. Y eso es un logro enormemente difícil, pero muy importante, y muy propio del espíritu que anima este Colegio.

IDENTIDAD CRISTIANA

La unidad de vida exige que esa inspiración cristiana se manifieste en todas las enseñanzas, y no solamente en las enseñanzas académicas sino en todos los valores que inspiran al Colegio, en toda la vida del Colegio, en todas las personas que trabajan

en el Colegio. Esto es importantísimo. Todo el quehacer del Colegio ha de proyectar una imagen y una concepción cristiana de la significación del hombre y de toda realidad.

Por eso, entre otras cosas, el Fundador del Opus Dei, al hablar de estos colegios, o de otras labores corporativas de enseñanza semejantes, decía que no llamaba “católicas” a estas instituciones, “porque ya ve todo el mundo que lo son”. La identidad cristiana tiene que ser algo profundo, constitutivo. No un aspecto más, no algo superficial, no cosmético, no parcial, no sectorial, no de nombre, no de imagen.



VIRTUDES HUMANAS

San Josemaría subrayó también siempre su aprecio por las virtudes humanas: veracidad, sinceridad, naturalidad, confianza, lealtad, optimismo, generosidad, magnanimidad, etc. Y quizá una por la que tenía especial aprecio era la sinceridad, y a esa virtud se refería el lema de la que fue la primera obra corporativa del Opus Dei en la enseñanza media.

Hemos de lograr un ambiente en el que haya una confianza plena en la veracidad. Josemaría Escrivá decía: “Creo en lo que cada uno de vosotros me diga, aunque cien notarios unánimes afirmen lo contrario”. Fiarse de los alumnos, de los hijos. Y que ellos se puedan fiar de nosotros. Hacerles leales, sinceros que no tengan miedo a decir las cosas. Cuando la gente no es sincera, indudablemente tendrán culpa ellos, pero es fácil que la culpa sea también nuestra, de los padres y los profesores.

Porque la sinceridad se educa, se facilita. Leo otro texto, de 1972, aquí en Madrid: “Hacedlos leales, sinceros, que no tengan miedo a deciros las cosas. Para eso, sé tú leal con ellos, trátalos como si fueran personas mayores, acomodándote a sus necesidades y a sus circunstancias de edad y de carácter. Sé amigo suyo, sé bueno y noble con ellos, sé sincero y sencillo.”

TRATO DE AMISTAD

El trato de amistad —con los alumnos, con los padres, entre los profesores, etc.— es una característica también muy propia del espíritu del Opus Dei aplicado a la enseñanza. El espíritu cristiano debe traslucirse en una relación humana personal, individual, en

evitar que alguien se pueda sentir sofocado en una masa. Así lo explicaba San Josemaría en Pamplona en 1964: “Formad a los alumnos de tal modo que jamás se encuentren solos, que no tengan que experimentar jamás la amargura de la soledad”. Que nadie se encuentre solo. Que haya un trato de gran consideración hacia las personas.



Ha de haber amistad, con los alumnos, con los hijos. “No es camino acertado, para la educación –continúo citando a San Josemaría–, la imposición autoritaria y violenta. El ideal de los padres se concreta más bien en llegar a ser amigos de sus hijos: amigos a los que se confían las inquietudes, con quienes se consultan los problemas, de los que se espera una ayuda eficaz y amable”.

hemos de ver “en el trabajo –en la noble fatiga creadora de los hombres– no sólo uno de los más altos valores humanos, medio imprescindible para el progreso de la sociedad y el ordenamiento cada vez más justo de las relaciones entre los hombres, sino también un signo del amor de Dios a sus criaturas y del amor de los hombres entre sí y a Dios: un medio de perfección, un camino de santidad”.

AMOR AL TRABAJO

El amor al trabajo es otro aspecto muy importante. El espíritu del Opus Dei da a la santificación del trabajo una importancia fundamental. Al trabajo hay que darle una importancia grande, para educar en la necesaria exigencia, para enseñar a vencer la tendencia a la pereza, la tendencia a quedarse en lo fácil, la tendencia a evadirse del cumplimiento de las obligaciones personales (aunque fuera so capa de obligaciones nobles).

San Josemaría siempre resaltó que

SERVICIO A LOS DEMÁS

Otro aspecto decisivo es la mentalidad de servicio: afán de servicio a la sociedad, de ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana. Sabemos que vivir con espíritu de servicio lleva a la auténtica felicidad, la verdadera alegría. Y si les enseñamos desde pequeños a descubrir las posibles necesidades de los demás, hacemos un servicio muy importante a esas personas. Es más eficaz que dar normas o criterios de conducta. Avanzamos más cuando hacemos reflexionar sobre el daño que supone hacia los demás no hacer bien las cosas.

Hemos de enseñar a los alumnos, desde muy pequeños, a descubrir las posibles necesidades de sus compañeros para intentar remediarlas, para acceder a los gustos de los otros, para adelantarse a servir, para darse a los demás, para vencer el egoísmo.

LA VORÁGINE DEL DÍA A DÍA

Tengo la impresión de que entre los que nos dedicamos —o nos hemos dedicado— a la enseñanza media, cuando oímos hablar de estos temas, de cómo habría que hacer las cosas, enseguida nos viene a la cabeza que todo eso está muy bien, que todos hemos escuchado muchas charlas y sesiones de diverso tipo, pero que ya me gustaría ver al que dice todo eso en mi aula, en el día a día, con un montón de horas de clases a la semana. Y los padres, cuando oyen esto, piensan quizá algo parecido: que cada uno tiene miles de ocupaciones cada día, que le absorben mucho, y que todo lo que estamos diciendo es muy bonito pero a ver quién es capaz de llevarlo a la práctica.

Ya que estamos tratando sobre algunos rasgos propios de la influencia del Fundador del Opus Dei en la enseñanza, podríamos añadir ahora que San Josemaría siempre procuró no quedarse en la teoría. Recibió de Dios una luz muy especial el 2 de octubre de 1928. Una luz sobre lo que es el Opus Dei y la llamada universal a la santidad. Y quizá entonces podía haberse dedicado a predicar, escribir libros, dar conferencias, asistir a congresos teológicos sobre la llamada universal a la santidad, y pensar que ya surgirían otras personas que se esforzaran por difundir esas ideas. Pero no se quedó en el mundo de las ideas. Escribió y predicó muchísimo, pero, al mismo tiempo, antes y después, llevó a la práctica todo lo que predicaba. Se esforzó

por seguir el mandato de Dios, que incluía dedicar todas sus fuerzas a promover una institución que anunciara y testimoniara esa llamada universal a la santidad ante la conciencia de todos los hombres.

LA FORJA DE LA DIFICULTAD

Otra idea importante es el valor del esfuerzo y de las dificultades. Para ello, me serviré de un ejemplo. Un paisano, en el campo, vio asomar el capullo de una mariposa. El hombre se sentó y observó durante bastante tiempo cómo la mariposa se esforzaba para que su cuerpo saliera a través de un pequeño agujero. Le pareció entonces que ella sola no podía avanzar más. Y decidió ayudar a la mariposa. Tomó unas tijeras y cortó el resto del capullo. La mariposa entonces, salió fácilmente. Pero su cuerpo estaba atrofiado, era pequeño y tenía las alas aplastadas y pegadas al tronco. El hombre continuó observándola, esperando que las alas se abrieran, y se agitarían, y serían capaces de soportar el cuerpo, que a su vez iría tomando forma. Pero la realidad fue que la mariposa pasó el resto de su vida arrastrándose con un cuerpo deforme y unas alas atrofiadas. Nunca fue capaz de volar. Lo que aquel hombre no comprendió en aquel momento, a pesar de su deseo de ayudar, era que ese capullo apretado que observaba aquel día, y el esfuerzo necesario para que la mariposa pasara a través de esa pequeña abertura, era el modo por el cual la naturaleza hacía que el flujo interior desde el cuerpo de la mariposa llegara a las alas, de manera que fuera capaz de volar una vez que estuviera libre del capullo. En su afán de ayudar, de evitar un esfuerzo, o un sufrimiento, lo que consiguió es que saliera del capullo antes de estar totalmente formada, y la dejó lisiada para toda su vida.

En nuestra vida pasa a veces un poco lo mismo. Nuestra existencia está llena de dificultades, y el esfuerzo es justamente lo que más necesitamos en algunos momentos de la vida. Si pasamos a través de nuestra vida sin obstáculos, eso probablemente nos dejaría lisiados. No seríamos tan fuertes como podríamos haber sido, y nunca podríamos volar.

Y ya que estamos hablando de la educación, podríamos decir que sucede algo parecido. Un niño mimado, un niño al que se le da todo hecho, que tiene todo fácil en la vida, que todo le viene dado, será un completo inútil toda su vida

LA FALTA DE TIEMPO

Para poder llevar a cabo todo lo que estamos diciendo, hay que procurar no caer en algunos errores, muy habituales.

El primero, por ejemplo, es pensar: “Otra vez se nos habla de tal o cual cosa que se podría hacer... Es muy bonito..., pero la realidad es que no hay tiempo para nada”. Y está claro que a nadie le sobra tiempo. Y es verdad que la vida supone un desgaste grande, y el tiempo es muy corto, pero me parece importante que ninguno de nosotros se quede satisfecho con ese argumento.

Y no estoy hablando de *trabajar más* (quizá también tengamos que hacerlo, eso cada uno sabrá), hablo sobre todo de *trabajar mejor*. Y hablo de *trabajar mejor* en el sentido de que si aprendemos a trabajar mejor podemos conseguir mejores resultados cansándonos menos. Por poner una comparación, es parecido a lo que ha pasado siempre con los avances tecnológicos. El avance tecnológico sirve para conseguir con menor esfuerzo unos mejores resultados. Y en la educación, aunque no sea algo tecnológico, también hay que ayudarse con



pequeños avances que nos hagan trabajar más y trabajar mejor. Y al trabajar mejor quizá nos sorprendamos con que podemos hacer más, disfrutar más y cansarnos menos.

ORDEN

El cansancio peor no es el del mucho trabajo, sino el del trabajo hecho con rutina, con desorden, con poca ilusión, sin tener presente la grandeza que encierra. E insisto en que me refiero en sentido amplio al trabajo, es decir, que hablo del empeño en educar tanto de los padres como de los profesores, al organizar el propio tiempo, al modo de hacer rendir los talentos que hemos recibido.

Recuerdo a una persona, hace muchos años, que insistía siempre que lo que más cansa no es trabajar, porque estamos trabajando todo el día y todos los días; lo que de verdad cansa –decía– es el desorden.



PONER ILUSIÓN EN ESA TAREA

Es muy importante poner ilusión. Me viene a la memoria la conocida anécdota de los tres canteros. A uno le preguntan qué está haciendo, y responde: “Pues estoy picando piedra, ¿es que no lo ves?”. Al siguiente le hacen la misma pregunta y contesta: “Estoy haciendo una escalera”. Y al preguntar al tercer cantero, explica con satisfacción. “Estoy construyendo una catedral”. Los tres estaban haciendo exactamente el mismo

trabajo. Pero la ilusión era distinta, muy distinta. La ilusión depende del nivel de expectativas con el que uno trabaja.

Decía *poner* ilusión, y digo *poner* porque pienso que la ilusión no *se encuentra*, sino que *se pone*. La ilusión no está en las cosas, ni en las tareas, la ilusión se pone en las cosas y en las tareas. Y pienso que hasta las tareas más arduas, si se pone ilusión en ellas, acaban produciendo muchos *dividendos* de ilusión.

Vamos a intentar sacar adelante a todos, a los que nos parecen fáciles y a los que nos parecen difíciles. Vamos a generar expectativas de mejora en todos. Con conciencia de la grandeza de la tarea que tenemos entre manos, porque el rumbo de la vida de muchas personas depende de que tomemos nuestra labor educativa con ilusión, y esto creo que no es una forma de hablar, sino algo muy objetivo, a mí por lo menos me parece evidente. De

que una persona tenga una buena formación depende el rumbo de su vida, el rumbo de la familia que va a formar, el rumbo que tomen las responsabilidades profesionales y sociales que tendrá a lo largo de su vida, que puede que lleguen a ser muy importantes. Y todo eso no es poca cosa. Ni para unos padres ni para un profesor.

Y en el caso del profesor, lo que importa de verdad, entiendo yo, más que la consideración social es la conciencia de

que uno está en una tarea importante, en algo grande. ¿Y no es algo grande educar a los hombres del mañana? ¿Qué hay más importante que eso? ¿No palpamos cada día la trascendencia que tiene? Quizá no hay nada como dejar esta profesión para darse cuenta de eso; cuando uno deja la enseñanza se da cuenta de que hay muchas cosas que hasta entonces le parecían ordinarias, y son enormemente extraordinarias, y son una maravilla. Trabajamos con un patrimonio humano muy importante, de gente que nos escucha con interés, que pone esfuerzo en vivir lo que les enseñamos, y que en la preceptuación o la tutoría nos abren su corazón. Todo esto es una cosa bastante extraordinaria, un estilo que se ha ido creando, un espíritu que anima a una institución, del que somos depositarios, un activo, un patrimonio enorme que hay que hacer rendir. Unas cuantas conversaciones bien llevadas pueden cambiar la vida de un chico. Un buen ejemplo, el testimonio de una persona, cambia la vida de un alumno.

SENTIDO POSITIVO

El Fundador del Opus Dei decía que teníamos que poner “el signo más”, un sentido positivo a todo lo que hacemos. Y al educar, lo que hacemos es tratar con personas. Y para dar sentido positivo a esa tarea hay que empezar por ver a la gente con buenos ojos. Valorarlos. Creer en ellos.

Creer en los demás tiene efectos sorprendentemente positivos. Todos hemos pasado alguna vez por pequeñas crisis, por momentos en los que nos faltaba un poco de fe en nosotros mismos, y quizá entonces encontramos a alguien que creyó en nosotros, que apostó por nosotros, y eso nos hizo crecer y superar aquella

situación. Goethe escribió: “Trata a un hombre tal como es, y seguirá siendo lo que es; trátalo como puede y debe ser, y se convertirá en lo que puede y debe ser”.

DIMENSIÓN APOSTÓLICA

Los colegios que son obras corporativas del Opus Dei no son sólo una labor profesional de la que tomamos *ocasión* para hacer una gran labor apostólica. El trabajo tiene que estar lleno de sentido apostólico, tiene que tener de por sí una fuerte y profunda dimensión apostólica, no es una simple *ocasión* de hacer apostolado, como si fuera algo ajeno o yuxtapuesto a ese trabajo. San Josemaría siempre insistió en que hacemos «apostolado dentro de nuestra



profesión», pero que no hacemos «profesión de apostolado». No es un instituto con unos capellanes, ni tampoco un simple instrumento para hacer apostolado.

Por eso, entre otras cosas, es tan importante no contraponer lo académico a lo formativo. Se trata de conjugar ambas cosas, y no como cosas yuxtapuestas, o que se toleran mutuamente, sino como cosas que se exigen entre sí. Aparece de nuevo la unidad de vida. Además, también sabemos cómo los diversos aspectos de la formación funcionan como en vasos comunicantes: cuando hay pérdidas en un vaso, los otros empiezan a vaciarse; y cuando crece uno, tira de los demás. Cuando funciona bien la preceptuación y los temas de orientación en una clase, la disciplina y todo lo docente suben sustancialmente. Y al revés. Y si falla la autoridad, o la disciplina, no funciona ni lo docente ni la formación. Y si no hay nivel docente, también acaba fallando todo lo demás. Hay que analizar siempre el conjunto, tanto en las personas como en las clases enteras: ir a las causas de los fracasos.

Lo más material y más externo también forma, y mucho: la puntualidad, la limpieza en la clase, el orden en las perchas o estantes y pupitres, que no haya tizas o papeles en el suelo, no consentir que pinten en lo que está puesto en los corchos, que los chicos cuiden su porte externo, que respeten la uniformidad, que sean educados, que se traten con respeto a todos. Son cosas que suponen mucho más de lo que parece a primera vista. Y que se aprenden en el día a día del aula, en la familia.

También es importante el espíritu de colaboración de padres y profesores con la labor que hace el sacerdote, facilitándole

su tarea, prestigiándole ante los alumnos, recomendando acudir a él. A los que somos creyentes, y estamos convencidos de la importancia de la gracia de Dios, nos ha de parecer una temeridad no contar con la ayuda de esa gracia de Dios en los alumnos: es muy diferente una clase en la que muchos se esfuerzan por vivir en gracia de Dios y conforme a las exigencias de la fe, y una clase en la que no fuera así.

UNA FORMACIÓN CRISTIANA PROFUNDA

Y en la formación cristiana, hemos de poner empeño en no recurrir innecesariamente a argumentos de autoridad. Es preciso esforzarnos en hacer verosímil la verdad, en hacer atractiva la virtud. Hay que afilar los argumentos, saber qué piensa la gente, qué les mueve, qué les interpela, sin quedarse en las pegas por las que pasamos nosotros hace años, porque muchas serán ahora diferentes.

Siguiendo esta línea de conjugar cosas diversas en una unidad de vida, podríamos añadir que la religión no puede ser algo ajeno al resto de las asignaturas. Hay que procurar abordar las cuestiones relacionadas con la fe que surgen en las clases de historia, de literatura, de ciencias naturales, de filosofía... y hasta de matemáticas.

Y hay que dar esas clases –y toda la formación cristiana– con un tono muy positivo. Sería un error que mostráramos sólo “la parte áspera del sendero”. Nos equivocaríamos si nuestro discurso se centrara demasiado en lo que está prohibido y lo que es obligatorio.

Conviene prestar una atención específica a la virtud de la castidad, porque una persona

que vive la castidad tiene mucho ganado, y hoy quizá más que en otras épocas.

También hemos de educar en una profunda preocupación social. Ningún drama humano nos puede resultar ajeno. Y hemos de promover muchas actividades relacionadas con la solidaridad, con las obras de misericordia, y sin olvidarnos de empezar por la propia casa. La preocupación social es muy importante, si queremos que de verdad el espíritu cristiano cale en las personas. San Josemaría escribió que “un hombre o una sociedad que no reaccione ante las tribulaciones o las injusticias, y que no se esfuerce por aliviarlas, no son un hombre o una sociedad a la medida del amor del Corazón de Cristo”. Y además de escribirlo, y de predicarlo incansablemente, a lo largo de su vida impulsó y promovió numerosas

e importantes labores sociales –bastantes de ellas relacionadas precisamente con la educación y la enseñanza– en muchos países del mundo. Sobre este tema, como en todos, hay que hablar y hacer, predicar y dar trigo.

IMPORTANCIA DE LA FE EN LA EDUCACIÓN

Quería concluir haciendo una llamada a la importancia de la fe en la educación. Muchos padres y educadores están preocupados por la educación moral de sus hijos, alumnos, etc., porque ven que bastantes de sus actuales problemas tienen la raíz en una deficiente o insuficiente formación básica en las convicciones morales, criterios de conducta, ideales de vida, valores, etc.





Pero lo que más me llama la atención es que bastantes de esos padres y educadores, aun considerándose buenos creyentes, no cuentan lo suficiente con la fe a la hora de educar, y eso me parece un error de graves consecuencias. Cuando se prescinde voluntariamente de Dios, es fácil que el hombre se desvíe hasta convertirse en la única instancia que decide lo que es bueno o malo, en función de sus propios intereses. ¿Por qué ayudar a una persona que difícilmente me podrá corresponder? ¿Por qué perdonar? ¿Por qué ser fiel a mi marido o mi mujer cuando es tan fácil no serlo? ¿Por qué no aceptar esa pequeña ganancia fácil? ¿Por qué arriesgarse a decir la verdad y no dejar que sea otro quien pague las consecuencias de mi error?

Tengo anotadas –y con esto quiero terminar– unas palabras que Josemaría Escrivá pronunció aquí, en Retamar, el 28 de octubre de 1972, hablando a un buen grupo de padres del colegio sobre cómo educar a sus hijos en la fe. El Fundador del Opus Dei les hablaba de rezar, de dar ejemplo a sus hijos, de transmitir con la propia vida una formación profunda, de educar en un clima de alegría y de libertad. Y concluía: “No les obligues a nada, pero que os vean rezar: es lo que yo he visto hacer a mis padres y se me ha quedado en el corazón. De modo que cuando tus hijos lleguen a mi edad, se acordarán con cariño de su madre y de su padre, que les obligaron sólo con el ejemplo, con la sonrisa, y dándoles la doctrina cuando era conveniente, sin darles la lata”.

El matrimonio, camino de santidad

Mi primer contacto con el Opus Dei fue por medio de un sacerdote, D. Javier, al que conocí por “casualidad” a los diecinueve años, el cual me centró las ideas primordiales y me ha acompañado en los momentos más entrañables de mi vida.

En un primer encuentro, me habló bien claro: lo único importante es ser santo. La segunda vez también fue muy concreto, y me aconsejó: “acuérdate de la Virgen por lo menos una vez al día y rézale una Salve. Yo también lo haré”. Recuerdo cómo, al volver a verle, orgullosa, le dije: “me he pasado los días rezando la Salve”. Y él me contestó sencillamente: “pues qué contenta estará la Virgen”. Así empecé a tratar a la Virgen con más ilusión.

En ocasiones posteriores, me fue recomendando la lectura de algunos libros que me podían ayudar, como el Evangelio, con el que conocería mejor a Jesús, y “Camino”, con el que aprendería a hacer oración.

Poco a poco me iba entusiasmando al ver que todo lo que mis padres me habían ido enseñando desde pequeña, con tanta dedicación, no eran sólo bonitas teorías de niños buenos, sino que se podía aplicar a mi vida y hacerlo realidad.

Recuerdo también que, durante la preparación al matrimonio, D. Javier nos dio muchos consejos muy prácticos, gracias a los cuales hemos luchado de antemano, y hemos conseguido que algunos problemas no lleguen ni a aparecer. Entre ellos recuerdo los siguientes:

- Que el arreglo personal debía cuidarlo pensando en agradar a mi marido
- Que debía respetar las “manías” del otro, que no serán tantas, y yo no cambiar las manías que él respeta de mí.



- Que no debíamos tener miedo a los hijos, ni plantearnos a priori el número de hijos que íbamos a tener, sino que, llegado el momento oportuno, nos preguntáramos si podríamos tener uno más, siempre cumpliendo la Voluntad de Dios.

- Que debíamos tratar con delicadeza extrema todo lo referido a la familia del otro.

- Que tuviésemos un pequeño “apartado económico” personal del que no tuviésemos que dar cuentas necesariamente, que nos permitiera gastar con libertad en detalles que luego repercutirían de alguna manera en bien de los dos.

Del día de nuestra boda sólo recuerdo los nervios y unas palabras de San Josemaría que D. Javier nos dedicó: “Amar es... no albergar más que un solo pensamiento, vivir para la persona amada, no pertenecerse, estar sometido venturosa y libremente, con el alma y el corazón, a una voluntad ajena... y a la vez propia” (Surco, 797).

También he tenido la suerte de que D. Javier bautizara a varios de mis ocho hijos y en cada una de las ocasiones la intención dominante era muy concreta: rezar para que ese niño fuera santo.

Antes de casarme, yo ya había conocido a más personas de la Obra que me invitaban a medios de formación que se impartían en distintos Centros, y quise que me nombraran Cooperadora para ayudar a las labores apostólicas que se realizaban en tantos otros lugares, dentro y fuera de Madrid y de España.

Gracias a esa formación descubrí el profundo sentido cristiano del Matrimonio vivido como Camino de Santidad. Que ese camino para mí tiene nombre propio, el de mi marido, y que consiste en cuidar los detalles pequeños de la vida ordinaria que hacen la vida más agradable a los demás, en el trabajo corriente acabado con la mayor perfección posible, en la educación responsable de los hijos, sabiendo que lo primero es su alma, y todo hecho por amor a Dios, sin esperar recompensas ni agradecimientos.

Pero el “camino” se adivinaba difícil, y el desánimo o la tristeza podían empezar a aparecer, si no me decidía a recibir un apoyo comprometido de personas especializadas en... Santidad. Y así fue como sentí que Dios me quería en el Opus Dei, y pedí la admisión como Supernumeraria a los dos años de matrimonio. Y desde entonces, he podido comprobar en mi vida que Dios es nuestro Padre que nos quiere con locura, y nos cuida con amor, y que todo lo que viene de su mano (pequeñas contrariedades o grandes sufrimientos) es para bien. También los hijos. Cada uno de ellos es una señal cierta de la confianza que Él deposita en nosotros. Contando con Él la vida familiar es más fácil, más alegre, más humana.

En definitiva, el espíritu del Opus Dei, transmitido por San Josemaría, por las personas que le trataron y por otros fieles del Opus Dei que he conocido, ha supuesto para mi vida cristiana, como esposa y como madre, una ayuda esencial.

Beatriz Miláns del Bosch Casani

Hacer las cosas bien



No he conocido a Josemaría Escrivá de Balaguer. Realmente no puedo sentir el rubor de hablar bien de una persona a la que quieres personalmente y con la que te unen lazos íntimos.

Mi caso es mucho más fácil, ya que lo que a mí me ha maravillado de Escrivá de Balaguer, y de lo que yo quiero hablar bien y manifestar mi admiración y agradecimiento, es de su Obra. Una Obra que fundamentalmente está compuesta por personas a las que Josemaría Escrivá les imprimió un valor común multiplicador y que se resume en intentar hacer siempre las cosas bien. No lo mejor posible, sino bien, completamente bien.

En este sentido, mi testimonio tiene para mí aspectos emocionantes ya que comienza cuando hace más de quince años mi mujer falleció de forma repentina y me encontré con cinco niños, de entre dos y diez años, a los que tenía que enseñar a vivir.

De manera sorprendente las cosas empezaron a funcionar bien, o menos mal, desde el primer momento en que, seguramente por el apoyo de mi mujer, decidí que en mi familia

las cosas continuaran como si mi mujer se hubiera ido a un largo viaje al final del cual todos nos volveríamos a encontrar; esto significaba que todo iba a continuar de la misma forma, con las mismas personas y con las mismas cosas, especialmente con Ignacia, la persona que trabajaba en casa con nosotros, y con Retamar, el colegio.

Pero una cosa es predicar y otra dar trigo, y realmente aquellas personas que no han pasado por una situación parecida no saben realmente cuánto ocupa la pareja, en un matrimonio, sobre todo si como en mi caso, había hijos muy pequeños y la que faltaba era ella.

No obstante, desde el primer momento, sin ruido, casi sin darnos cuenta, de manera natural, empezamos a recibir las cosas que necesitábamos. Y casi todas venían de la misma dirección: de amigos que eran fieles del Opus Dei, y de Retamar, el colegio al que iban mis cuatro hijos mayores. Por cierto, yo no soy de la Obra.

Pero lo verdaderamente importante es que esta forma de recibir ha continuado y se ha alargado más allá de quince años, en los que día a día mis hijos han ido encontrando en los profesores, tutores y sacerdotes ese plus a la educación formal que es una mezcla de atención, cariño, cuidado y preocupación por su persona de manera individual. Incluso siempre, también hoy, han podido recurrir a ellos para buscar la respuesta a esas situaciones que no se entienden y que no sabes manejar. Todo lo cual ha hecho posible, si no la sustitución de la madre, sí al menos que su formación no tenga el cúmulo de carencias previsibles en el desarrollo de la personalidad.

Por mi parte, también he encontrado en esos mismos profesores, tutores y sacerdotes el soporte en el que confrontar mis dudas e inseguridades, en esa tarea tan complicada que es ayudar a vivir a tus hijos. Y su efecto nos ha llegado a todos, incluida mi hija.

Hoy, María es universitaria y los otros cuatro o son ya profesionales o están acabando sus estudios, y como es lógico a lo largo de estos años han tenido que afrontar distintas situaciones, algunas muy difíciles y complicadas, en las que –y es algo común a todos ellos– siempre han contado con su formación y sus vivencias como un baluarte en el que apalancarse, para, al menos en el peor de los casos, volver a empezar. Cuando hemos querido tratar de buscar alguna explicación al porqué, siempre alguno ha comentado que en Retamar todos trabajaban y trabajaban mucho para eso, para que ellos siempre pudieran volver, y también eso lo querían hacer bien.

Felipe González Abad

Un equilibrio imprescindible

Desde nuestra perspectiva como padres, Retamar representa como institución un equilibrio entre las necesidades de formación académica de nivel, imprescindibles para que nuestros hijos puedan incorporarse con éxito a una sociedad tan exigente y cambiante en la práctica profesional, y las de formación moral y humana como única base para garantizar un desarrollo estable y permanente de la persona. Estamos convencidos de que ambas expresiones del compromiso educativo estaban firmemente arraigadas en Mons. Escrivá de Balaguer, al momento de configurar este proyecto humano de Retamar. El centenario de su nacimiento representa, sin duda, un motivo de reflexión y a la vez de agradecimiento para quienes sentimos como nuestras esas mismas responsabilidades a la hora de transmitir a nuestros hijos unos valores y virtudes, heredados de nuestros padres, que han constituido el soporte en nuestras vidas.

Esta reflexión sería incompleta y quizás menos trascendente, si no se mencionara el especialísimo marco en el que se produce, esto es, dentro de una sociedad como la nuestra, marcada por la ausencia de referencias morales, y la pérdida de valores cristianos. Si como padres queremos hacer valer una opción educativa que incorpore la formación humana como raíz y fundamento de la persona dentro del proyecto educativo para nuestros hijos, resulta imprescindible que aunemos esfuerzos con quienes contribuyen a su formación, para reforzar esos principios y contrarrestar las presiones que en forma de estímulos y modas de todo tipo reciben indiscriminadamente.

Esa ha sido y es, como padres, nuestra relación con Retamar y esa posibilidad de por sí representa hoy en día una opción que pocas instituciones se atreven a ofrecer y quizás mucho menos a desarrollar.

Sería difícil, desde un orden práctico, ejecutar la propuesta anterior sin la figura del preceptor, instrumento recuperado innumerables veces desde tiempos pasados en aquellos proyectos educativos singulares y orientados a la persona individualmente. La posibilidad para nuestros hijos, de encontrar en el entorno del colegio otra referencia no académica, vinculada estrechamente con sus circunstancias personales y con aquellas otras realidades de la vida y de la convivencia, que son las que realmente les preocupan, permite el que dispongan de otra oportunidad para comprender y desarrollar esas otras materias, no escritas ni enseñadas en las aulas, relacionadas con el sentido del equilibrio y la felicidad, y vinculadas estrechamente a su desarrollo como personas.

Como padres, nuestro agradecimiento por haber encontrado siempre apoyo a nuestra labor educativa, así como el empeño por parte de Retamar en recordarnos nuestra responsabilidad como educadores. Que este centenario permita reforzar, si cabe, el proyecto educativo de Retamar, en la seguridad de que sin esa vocación los padres no dispondríamos de un proyecto educativo de excelencia para nuestros hijos.

Gregorio y Cristina de Pablo

Con la paciencia de un monje del medievo



Con motivo del centenario del nacimiento de San Josemaría Escrivá de Balaguer, se me pide un testimonio sobre nuestro querido colegio, Retamar.

El título que me introduce en esta tarea es la de padre de tres alumnos y de tres más que están esperando a cumplir la edad apropiada para comenzar sus estudios primarios. Posiblemente podrá añadirse también un padrino sobre otros alumnos, hijos de amigos, a los que de alguna forma he influido al expresarles mi satisfacción por la marcha escolar de mis hijos.

En este principio del milenio, algunos factores que influyen en la educación del niño están deteriorados. Para contrarrestar estos factores negativos existen otros ámbitos educativos primordiales: la familia y el centro educativo, que ayudan a alcanzar la formación plena de la persona, no de forma aislada sino potenciando y reforzando cada uno la acción de los demás. La educación es preparación para la vida, pero en la propia vida. “Se aprende a montar en bicicleta, sin saber montar, pero montando en ella”. Por eso un buen educador tiene que valorar los riesgos de cada acto educativo.



Es importante destacar que fue San Josemaría quien alentó a muchos padres para que promocionaran centros de enseñanza, cuyo ideario fuera coherente con sus propios valores.

Retamar nació en 1966 promovido por un grupo de padres, a los que rindo homenaje sin nombrarlos por no herir su humildad. Fueron muchos los que de una forma u otra hicieron posible esta hermosa realidad, a la que se han ido incorporando profesores que día a día, “con la paciencia de un monje del medievo” —en expresión de San Josemaría—, han ido miniando ese código maravilloso que es el alma de un niño.

La imagen del Oratorio del Colegio recoge el amoroso cuidado de una madre enseñando a su hijo las primeras letras. Que Ella nos ayude a todos —padres y profesores— en la inmensa y difícil tarea educativa.

José María Villalón Alonso

Educar es asunto de dos



Los cien años del nacimiento de San Josemaría son ocasión para explicar cómo influye en nosotros, que no pertenecemos al Opus Dei, el espíritu de su Fundador. En nuestro caso recibimos su influencia a través del Colegio al que acuden nuestros hijos.

Entre los motivos por los que elegimos el ambiente de educación que inspiró el Santo, destaca la formación religiosa; buscamos en el Opus Dei ayuda para cumplir con la obligación que tenemos como católicos de transmitir la fe a nuestros hijos, porque “por haber transmitido la vida a sus hijos, los padres tienen el gravísimo deber y el derecho de educarlos; por tanto, corresponde a los padres cristianos en primer lugar procurar la educación cristiana de sus hijos según la doctrina enseñada por la Iglesia” (canon 226.2 del Código de Derecho Canónico). Queremos que conozcan la religión católica, pero tal y como la presenta el Magisterio de la Iglesia, es decir, protegida de las desviaciones y de los fallos, para garantizar la posibilidad objetiva de profesar sin error la fe auténtica (Catecismo, 890), y estamos convencidos de que aquí encontramos esta formación. Además, queremos también que la enseñanza de la fe vaya unida a la adhesión a la doctrina pontificia, no como algo impuesto, sino aceptado libremente, “con espíritu de obediencia religiosa” (Catecismo, 892) y de amor filial al Vicario de Cristo, lo que coincide con lo que incansablemente enseñó el Fundador. Pero no sólo buscamos esto: queremos una

formación integral que incluye no sólo la formación académica, y la formación religiosa teórica, sino también la práctica en la vida diaria de los principios religiosos; práctica que pensamos es más fácil desarrollar junto a otras familias que comparten lo que nosotros queremos para nuestros hijos, para que educándose en un ambiente favorable, desarrollen unos hábitos de conducta con los que adquieran seguridad y así les sea más fácil continuar en la misma línea cuando salgan del colegio y el ambiente ya no sea tan favorable, o sea incluso hostil.

Como contrapartida, encontramos que a nosotros se nos exige colaborar de muchas maneras; entre otras, acudiendo al Colegio cuando se nos pide; apoyando lo que allí se explica y vive, en todos los aspectos: esfuerzo en el estudio, formación académica, disciplina, formación espiritual... y también manifestando todo aquello con lo que no estamos de acuerdo o en lo que creemos que se puede mejorar. Hasta el momento, el contacto con el proyecto educativo inspirado por San Josemaría nos ha reforzado en el convencimiento de que educar es asunto de dos, padre y madre; en la necesidad de dar ejemplo a nuestros hijos, en todos los sentidos; y en el reto de ponernos el listón muy alto en lo que queremos para ellos: que sean hombres, con el pleno desarrollo de sus capacidades intelectuales, pero también santos, con el pleno desarrollo de sus capacidades espirituales. En este proyecto, difícil, se nos ha ofrecido mucha ayuda, para ir por delante de los problemas, necesidades o inquietudes de los niños; ayuda que sentimos especialmente cercana y efectiva a través del preceptor, impulsado con especial interés por el Fundador; pero también a través de otros medios de formación que se ponen a disposición de los padres. Tenemos que agradecer la generosidad con que se nos ofrecen estos medios de formación a todos, no sólo a las familias que ya tenían una vinculación anterior con el Opus Dei, y la misma generosidad con que se acogen otros proyectos que surgen por iniciativa de los padres, reflejando diferentes necesidades o inquietudes (reuniones de madres, grupos de matrimonios...), y encuentran respuesta y dedicación por parte de los sacerdotes de la Prelatura personal vinculados al Colegio.

Para terminar, quiero señalar la alegría con que nuestros hijos van al Colegio, a pesar de que se les exige que mejoren en todos los aspectos antes mencionados, como se nos exige también a nosotros un esfuerzo continuo y una coherencia de vida. No nos cabe duda de que el modelo de educación y de vida que inspiró San Josemaría, adelantándose a las dificultades actuales, es lo mejor que podemos ofrecerles: reforzar la unión de la familia, insistir en la práctica constante de las virtudes humanas sin perder de vista la posibilidad real de santificación en la vida diaria, y todo ello acompañado de una constante oración; es el mismo camino que marca Juan Pablo II para el nuevo milenio: la santidad es la meta para todos los bautizados, y el “secreto de un cristianismo realmente vital” es la oración intensa. (Novo millennio ineunte, 30-34).

Luis Rúspoli y María Álvarez de las Asturias Bohorques

Retamar solo no puede



Como madre de mediana edad del Colegio Retamar quisiera dar mi opinión sobre mi colegio. Aunque, como soy de carrera de ciencias puras y cabeza no ya cuadrículada, sino cuadriculadísima, no me es fácil expresar lo que quiero decir.

He dicho mediana edad y eso ya va a suscitar sonrisas en mis hijos adolescentes, que me tildarán de optimista. En principio, «mi colegio» es Retamar, porque creo que soy, junto con mi marido, parte fundamental del proyecto; como todos los padres del Colegio son fundamentales para que este cumpla su misión. ¿Por qué? Pues porque sin los padres apoyando a Retamar, la educación de los chicos estaría muy incompleta, por buenas que nos pareciesen las instalaciones y los medios del Colegio. En mi opinión –y que conste que es la de San Josemaría– en educación primero somos los padres, luego los profesores y en tercer lugar los chicos. Si los padres no luchamos por transmitir también los valores que se sustentan en Retamar, no habría profesional docente que lo pudiese hacer.

Voy a poner unos ejemplos. Por mucho que a los adolescentes en el colegio les digan que deben ir afeitados y arreglados, si en casa nos da igual cómo estén vestidos, si no

cuidamos su aseo, ya pueden decir en el Colegio que hay «café» (que afeitarse, diríamos los adultos), que caerá sobre saco roto. Igualmente, en el Colegio les pueden repetir que en los comedores deben comportarse con las personas que les atienden con urbanidad, pero si en casa no les hablamos de que deben adoptar una actitud de agradecimiento hacia todos los que están haciendo algo por ellos, no funcionará. Así, si en casa cada uno comiera viendo su «TV», en «su cuarto», en «su bandeja» y con él mismo, no sintonizaríamos con el Colegio y sería nefasto para su formación humana. Lo que quiero decir es que, a través del ambiente familiar y del ejemplo de las conversaciones en casa, es como transmitimos los valores humanos y cristianos que queremos para nuestros hijos. Retamar solo no puede. Los profesores carecerían de autoridad moral para transmitir mensajes si éstos no son enfatizados en nuestro diálogo con nuestros hijos. En definitiva es la asignatura del amor lo que deben aprender en casa y verlo también en el Colegio, sea a través de una conducta respetuosa, sea mostrando una urbanidad que haga agradable la convivencia, sea ejerciendo un compañerismo, una solidaridad, una actitud de respeto a las diferencias y a los triunfos o méritos de los compañeros.

En Retamar todos los chicos nuevos se adaptan estupendamente. La inmensa mayoría de los alumnos considera que Retamar es el mejor colegio. Efectivamente, uno de los aspectos en que más insiste el Colegio es apreciar a cada uno por los valores que personalmente tiene. Para el Colegio todos son importantes. Es fundamental que sepan Lengua, “Mates” o Física, pero eso lo podemos encontrar en muchos sitios. En Retamar se ensalza al que tiene dotes de escritor, de dibujante, al deportista, al que mejor declama, o al que baja bien las escaleras; eso hace que Retamar sea distinto. Se desarrollan en el Colegio, igual que hacemos en casa, las capacidades de nuestros hijos, sean académicas, sean deportivas, sean de creación o de sociabilidad. Lo que queremos y lo que quiere el Colegio es que luego salgan hombres completos, que sean grandes ingenieros, arquitectos, deportistas, escritores, profesionales en su campo, que luchen cada día por ser mejores, hacer el bien a los demás y que al final hayan ganado el cielo, que es en definitiva lo que importa.

En este Centenario de su nacimiento, quiero agradecer a San Josemaría que Retamar exista.

Marisa Mijares de Fernández-Daza

San Josemaría y el Colegio Retamar

Por Ignacio López-Jurado Escribano

Me ha pedido el Director del Colegio que os hable a las madres y padres de alumnos, sobre Retamar y San Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei.

Es oportuno hablar de ello por el Centenario del nacimiento de San Josemaría, que estamos celebrando en el 2002, y porque Retamar tiene mucho que ver con él, hasta el punto de que siempre sería oportuno mencionarle aquí, aunque no fuera por esta efemérides.

En la página WEB del Colegio se dice: “Desde el comienzo, el Colegio Retamar

contó con el impulso de San Josemaría, Fundador del Opus Dei”. Creo que podría completarse esta frase diciendo que no existiría este Colegio si no fuera por San Josemaría.

EL GRUPO PROMOTOR

Cuando llegué a Retamar, en octubre de 1971, como Director, el Patronato del Colegio estaba formado entonces por unos hombres que considero extraordinarios. Estaban en su Comité Ejecutivo Manuel Marqués, Eduardo Jáudenes y Francisco de Lacalle.

Estas personas, desde 1963, junto con otros buenos colaboradores, se reunían regularmente con posibles padres de alumnos, y les hablaban de lo que querían hacer: crear un nuevo colegio en Madrid, con un ideario educativo con características propias que ellos consideraban especialmente atractivas.

Estaban convencidos de que la promoción iba a funcionar; de que vendrían alumnos. Y estaban convencidos porque estaban

Se había acordado que los beneficios económicos, si los había en algún momento, se reinvertirían en el propio Colegio. Se afanaron en ponerlo en marcha para obtener otro tipo de beneficios: los que se derivarían de extender el modelo de educación por el que estaban luchando.

Es decir, ellos se movieron y se complacieron la vida por la satisfacción de difundir entre mucha gente ese modelo educativo.

Deseaban contribuir, como ciudadanos responsables, a mejorar alguna de las necesidades de la sociedad en la que vivían.

Este comportamiento ejemplar no es algo anormal o infrecuente. Siempre ha habido mecenas: personas que fomentan las cosas buenas en beneficio de la sociedad, dando de lo que tienen.

Aquellos promotores eran unos mecenas que daban

con generosidad lo que tenían. Y lo que daban, con el sacrificio necesario, era su esfuerzo, su empeño, su tiempo, para contribuir a que llegase a mucha gente ese modelo educativo.

¿Cuáles eran esas ideas educativas en las que tenían tanta confianza? Tanto las ideas educativas como el impulso de su propio mecenazgo partían de las enseñanzas de San Josemaría Escrivá sobre la educación y



seguros de que se necesitaba el *producto* que se ofrecía: un tipo de educación nueva y atractiva. De hecho, las clases empezaron el 10 de octubre de 1966.

No pensaban en montar un negocio, pero asumían riesgos reales porque estaban convencidos que podrían afrontarlos, y animaban a otros a secundarlos. Ellos eran los titulares de esa entidad y por tanto los que debían correr con los riesgos.

sobre la responsabilidad de los ciudadanos en la construcción de la sociedad.

UNA PERSONA EXCEPCIONAL

Permitidme antes que nada, que recoja unos testimonios sobre quién es San Josemaría, antes de hablar sobre sus ideas educativas, aunque puedan ser de sobra conocidos.

En la historia de la humanidad se puede apreciar que Dios suscita personas extraordinarias que, con su ejemplo y su palabra, son una luz orientadora que ilumina la existencia y hace ver con fuerza nueva la cercanía de Dios con los hombres.

El historiador alemán Peter Berglar, catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Colonia, fallecido hace

unos años, publicó en 1983 un libro sobre la vida y la Obra del Fundador del Opus Dei. En él dice que, a la vista del mensaje de San Josemaría sobre la santificación de la vida ordinaria, su vida adquiere una dimensión verdaderamente histórica. En la frase “o sabemos encontrar a Dios en la vida ordinaria, o no lo encontraremos nunca” relaciona la palabra encuentro con descubrimiento. Afirma que señalar ese “descubrimiento” a los hombres de hoy, impulsando con convicción a que cada uno lo haga en la intimidad de su espíritu, es una revolución de tal magnitud que, en su condición de historiador, incluso le permitía hacer un paralelismo entre San Josemaría y Cristóbal Colón, como descubridor de un nuevo mundo para la humanidad.

Otra referencia sobre San Josemaría, de orden distinto, podría ser el comentario que hizo Su Santidad el Papa Pablo VI



cuando, meses después del fallecimiento de San Josemaría, recibió a Mons. Álvaro del Portillo, su sucesor al frente del Opus Dei. El Santo Padre le dijo que consideraba al Fundador del Opus Dei *“como uno de los hombres que han recibido más carismas en la historia de la Iglesia, y que han correspondido con mayor generosidad a los dones de Dios”*.

Años después, en 1992, el Papa Juan Pablo II en la solemne ceremonia de beatificación de San Josemaría en la plaza de San Pedro en Roma dijo: *“con sobrenatural intuición, el Beato Josemaría predicó incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado”* y más adelante, *“la actualidad y trascendencia de su mensaje espiritual, profundamente enraizado en el evangelio, son evidentes, como muestra también la fecundidad con la que Dios ha bendecido su vida y su Obra”*.

Después de todo esto, lo que yo pudiera añadir sobre su extraordinaria personalidad, el vigor de su espíritu y su amor desbordante a Dios y a los hombres, sería a todas luces insuficiente. Pero he traído a colación estas referencias sobre él para resaltar que el Colegio Retamar ha gozado desde el principio del impulso, de la oración y de la atención de una persona excepcional.

UNA OBRA CORPORATIVA DEL OPUS DEI

Efectivamente Retamar ha contado con unas *orientaciones muy ricas y claras en la educación de la juventud* gracias a las enseñanzas de San Josemaría. Orientaciones sobre la educación de la persona, sobre la responsabilidad y compromiso de los padres

respecto a sus hijos, sobre la responsabilidad de todos como miembros vivos de la sociedad. Orientaciones que nos mueven a un mayor agradecimiento a Dios si advertimos que fueron recibidas en momentos de gran confusión en el panorama educativo y en el mundo de las ideas.

Desde el primer momento, la Prelatura atendió la petición que hizo el Patronato para que Retamar fuese una obra corporativa. Quiero aclarar que las obras corporativas son

actividades que cuentan oficialmente con la garantía moral de la Prelatura, ya que el Opus Dei se encarga de la orientación cristiana de esas labores, de acuerdo con quienes las promueven. El propio Fundador en la reunión que tuvo con padres de alumnos en 1972, aquí en el Colegio, nos decía:

“Sí, es una obra corporativa del Opus Dei, pero la hacéis vosotros.”

Entonces Padre —siguieron preguntán-





dole— *quisiéramos que nos dijese usted las características más importantes de una obra corporativa.*

“¡Fidelidad a la doctrina! —contestó—. Eso es lo primero. Profesamos la doctrina que la Iglesia ha mantenido siempre y en todas partes; la que han creído siempre los fieles de la Iglesia. No nos turbamos por estas revoluciones y locuras que se ven y se oyen. Nos quedamos tranquilos y serenos, confiando en la providencia y en la misericordia de Dios. Pero estamos decididos a trabajar por las almas de vuestros hijos”.

Además de este compromiso, fruto de la generosidad de San Josemaría, que era asumiendo por el Opus Dei, contábamos también con sus valiosas enseñanzas sobre la educación.

LÍNEAS EDUCATIVAS

Esas enseñanzas presentan un modo de educar a la persona humana estrechamente relacionado con la verdad sobre el hombre.

Un modo que promueve, por tanto, el desarrollo integral de la persona, en el orden natural y en el sobrenatural.

En el orden natural, básicamente, con el ejercicio responsable de la libertad, del servicio mediante el trabajo, de la convivencia pacífica; en el orden sobrenatural, partiendo de la dignidad de ser hijos de Dios, con el descubrimiento de la trascendencia divina en cualquier acción humana.

Esta educación será factible en el ejercicio de la unidad de vida de todo cristiano, con una actuación siempre respetuosa con la personalidad de los alumnos, que debe ser perfeccionada y no desintegrada o uniformada.

La orientación personal, como medio insustituible para esa tarea de educación, debe transmitir un serio sentido de responsabilidad, un comportamiento que sea consecuencia de convicciones bien enraizadas y libremente queridas.

La autenticidad de los educadores, padres



El cultivo, de acuerdo con la edad, de las virtudes intelectuales, como la observación; la atención; la capacidad de relación, de exposición y razonamiento. La formación del propio punto de vista: ser personas de criterio. Todo ello ejercitado en un ambiente de libertad.

En una entrevista sobre la universidad, decía San Josemaría:

“Con libertad y responsabilidad se trabaja a gusto, se rinde, no hay

y profesores, no puede limitarse a la conducta externa, sino que supone un ejercicio interior, de su carácter, de su autoridad, de la actitud, segura y prudente, necesaria para la misión de educar niños y adolescentes.

La vida del centro educativo debe entenderse como la confluencia real de la vida de los alumnos, de sus padres y profesores, en unidad de criterios, sacrificios e intenciones.

La familia desempeña un papel decisivo, puesto que en su seno se desarrolla lo más real y vivo de la existencia del joven. Por grande que sea la influencia del Colegio en la vida de sus alumnos, su labor no podría tener la continuidad, ni el peso, ni la intimidad que tienen el ambiente y el ejemplo familiar.

El aprecio por las virtudes humanas: sinceridad, sencillez, lealtad, reciedumbre, alegría, etc.; la amistad, como imprescindible en la formación; el amor al trabajo; el afán de superación; el espíritu de servicio.

necesidad de controles ni de vigilancia: porque todos se sienten en su casa, y basta un simple horario. Luego, el espíritu de convivencia, sin discriminaciones de ningún tipo. Es en la convivencia donde se forma la persona; allí aprende cada uno que, para poder exigir que respeten su libertad, debe saber respetar la libertad de los otros. Finalmente, el espíritu de humana fraternidad: los talentos propios han de ser puestos al servicio de los demás. Si no, de poco sirven” (Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, nº 84).

CÓMO PONERLO EN PRÁCTICA

El modo de concretar esas grandes ideas varía según los sitios; según el momento y las circunstancias de las personas que deben plasmarlas en la realidad organizativa general y en el día a día de su trabajo.

En ese sentido muchos aspectos concretos de ese espíritu y experiencias los

ha recibido Retamar de la primera obra corporativa de enseñanza del Opus Dei, el Colegio Gaztelueta, que fue directamente seguido en sus primeros años de vida por San Josemaría.

Por ejemplo, han sido formas prácticas de canalizar esas grandes orientaciones en relación con los alumnos: el plan formativo del Colegio, el preceptor, el trato respetuoso al profesor y a cuantos trabajan en el centro educativo, las metas de carácter, los equipos, los encargos, el secretario de clase, el uniforme escolar, el valor de las actividades de expresión plástica, de las excursiones o el papel del deporte en la educación.

En relación con los profesores, esas líneas educativas se manifiestan, por ejemplo, en el sentido profesional de la educación, el afán personal de formación permanente, las reuniones de profesores, la singularidad de cada alumno, la motivación positiva, la

amistad y afecto para todos, la conciencia de la propia autoridad, etc.

Y con los padres, primeros y más principales educadores: que vean el Colegio como continuación de su hogar, como cosa propia; y para ello, la información habitual sobre la marcha del hijo en el Colegio, las reuniones de formación educativa, las entrevistas personales, etc.

Aunque cada Colegio es algo vivo, que aprovecha su propia experiencia y concreta con toda libertad sus aportaciones, se debe señalar que el grupo de profesores que puso en marcha el Colegio Gaztelueta, verdaderos maestros de la pedagogía, han tenido mucho que ver con estos desarrollos de las ideas educativas de San Josemaría; y con su generosidad, los han puesto a disposición de cuantos han acudido a ellos.

Si el Colegio Retamar siente gratitud y



reconocimiento hacia sus promotores, como lo siente hacia tantas personas que de modo generoso y desinteresado han hecho posible su existencia, ante la figura de San Josemaría, además, se siente orgulloso, emocionado, por el privilegio de que alguien así lo haya alentado y sentido como algo propio desde su inicio. Ese orgullo se convierte en compromiso por difundir, con la ayuda de Dios, esos valores educativos a toda la sociedad.

Termino esta intervención citando algunas de las palabras que Mons. Álvaro del Por-

tillo, testigo excepcional de la vida de San Josemaría, dirigió al Colegio Retamar en una carta en 1991, con motivo de las Bodas de Plata de su fundación:

“También os acompaño en el agradecimiento a nuestro queridísimo Fundador, que con su afecto, con sus oraciones, con sus desvelos paternos y, desde que subió al Cielo, hace más de dieciséis años, con su intercesión poderosa, ha seguido y sigue tan de cerca la labor que realizáis en ese centro educativo.”

Yo le debo mucho



Todos sabemos, bien por los medios de comunicación o bien por algún amigo o allegado, que el pasado 6 de octubre tuvo lugar la canonización de San Josemaría Escrivá de Balaguer, pero no todos sabemos quién es o, lo que es peor, alguien puede tener un concepto equivocado sobre él.

Yo le debo mucho. Entre otras cosas una educación y unas bases sólidas para afrontar cualquier aspecto de la vida, gracias a Retamar y a la Universidad de Navarra.

Recuerdo que empecé a oír hablar del Beato Josemaría en Retamar. Yo iba por el oratorio de vez en cuando, como todo niño de la antigua EGB, a contarle mis cosillas al niño Jesús y veía que la gente leía unas carpetillas con una estampa dentro. No sabía qué era, pero un día mi preceptor me llamó para hablar y además de hacerlo sobre el ángel de la guarda, me explicó lo que era aquella estampa y me habló algo del Beato. Tanto él como algunos amigos me habían dicho que rezase esa estampa al Beato para pedirle cosas, pequeños favores, y desde entonces empecé a hacerlo.

No veo que sea lugar este para hablar de los favores que me ha podido hacer, pero sí para testimoniarle mi agradecimiento por la vida que me ha permitido elegir.

Álvaro Ruiz Zambrana

Una entrevista inolvidable

El 3 de mayo de 1975 San Josemaría Escrivá de Balaguer nos recibió en su casa de Roma a Mary Cruz y a mí. Nunca podíamos haber imaginado que al mes siguiente fuera a morir. Sin embargo, por esta misma razón recordamos vivamente aquel encuentro: su cuerpo parecía agotado, casi exhausto, hundido en el sillón, muy delgado –casi consumido–, con los brazos dejados sobre las rodillas.

Pero detrás de su deteriorada presencia física, en cuanto empezaba a hablar, con un tono de voz decidido y marcado acento aragonés, se adivinaba un hombre seguro y lleno de vigor. Remarcaba con energía las palabras que quería subrayar, las apoyaba en la gesticulación de los brazos y del cuerpo, terminando siempre con buen humor.

— “¿Qué tal te trata éste?”– dijo a Mary Cruz nada más sentarnos.

Y añadió:

— “Mira que si no te trata bien me lo dices y le damos un coscorrón”.

Terminamos riéndonos los tres por su espontaneidad.

Mary Cruz le enseñó la foto de nuestros hijos y cuando la tomó entre sus manos, muy temblorosas, se enterneció y dijo:

— “No hagáis caso a los que dicen que son muchos hijos. Cada hijo es una bendición y una alegría, por eso se quiere más al último”.

Hizo un esfuerzo para fijar su mirada en la fotografía, y los bendijo.

— “No discutáis nunca delante de ellos. Quereos mucho. Pero para quereros tenéis que querer mucho vuestros defectos. No basta aguantarlos, hay que llegar a amar los defectos del otro. No os corriáis uno al otro sin antes haber rezado por esos defectos. Mirad, rezo todos los días para corregir los muchos defectos que tengo, y por aquellos que me los tienen que soportar, soy viejo y no se me quitan”.

Había recuperado vivacidad y sus ojos eran muy expresivos cuando dijo:

— “Rezad mucho también por la Iglesia y por el Papa”

Y acercándose más a nosotros, como en un tono más confidencial:



— “A mí el Opus Dei no me preocupa, porque siendo una Obra de Dios se encargará de mantenerla o terminarla cuando quiera”.

Felicitó a Mary Cruz por ser el día de su santo y se alegró de saber que era la víspera de nuestro aniversario de boda. Sacó dos rosarios del bolsillo y nos dijo que este regalo era para usarlo mucho y rezar por la Iglesia y por el Papa: “hacedlo aunque estéis muy cansados”.

Le comentamos que al día siguiente íbamos a Holanda a visitar a mi hermano Javier, y nos explicó con detalle y cariño el trabajo que sus hijos están desarrollando allí, y nos pidió que rezáramos el Rosario por ellos.

Salimos de la sala donde nos recibió después de darnos su bendición para el viaje que íbamos a emprender.

Blas Camacho

Un segundo hogar

Escribir como padres, cuando sabemos que nos van a salir renglones torcidos, es siempre un empeño agobiante; más, cuando tenemos que referirnos, gustosa e ineludiblemente, a una persona a la que queremos y que ya ha sido reconocida por la Iglesia y por la sociedad. Nos referimos a San Josemaría Escrivá de Balaguer, cuya personalidad tenía una característica muy importante: ese «realismo», que dio lugar, con su impulso e iniciativa, a muy diversas realidades.

Un buen ejemplo de esto lo pudimos captar cuando, el 26 de noviembre de 1993, Don Javier Echevarría, actual Prelado de la Obra, nos contaba a un pequeño grupo de padres del Colegio, acompañados por el entonces Director del Centro, Alberto García-



Mina, los inicios de la labor del Colegio Gaztelueta, y cómo, a la petición a San Josemaría de la creación de un centro de segunda enseñanza, su respuesta a aquellas familias vizcaínas fue la siguiente: *“Es cosa vuestra, si hacéis vosotros el colegio nos haríamos cargo de él”*.

Gaztelueta fue inaugurado el 15 de octubre de 1951. De

la misma forma, y algunos años más tarde, Retamar nació y fue dando acogida a varias generaciones de padres, que enviamos nuestros hijos a ese segundo hogar, en el que pueden completar la formación que estamos obligados a darles como sus primeros y principales educadores.

De nuestra familia han pasado ya por el Colegio cuatro hijos y queda aún como alumno el pequeño. Siempre hemos podido apreciar que el Colegio quería y quiere ayudarnos a ser responsables en el cumplimiento de nuestra misión, la cual se puede resumir en: comprensión, prudencia, saber enseñar y, sobre todo, saber querer, como el fundador del Opus Dei escribió en *«El matrimonio, vocación cristiana»*.

Ángel César Beltrán y María Teresa de Miguel

A plena satisfacción



Voy a cumplir como mejor sepa y pueda con el compromiso, voluntariamente adquirido, de escribir algo sobre Retamar. Lo hago en calidad de padre de un antiguo alumno del Colegio y en nombre de María Rosa, mi mujer, con la que comparto todo, incluido Retamar, como si se tratara de un bien ganancial.

Pero antes, no puedo por menos de aludir a algo muy importante: el 9 de enero de 2002 comenzó el centenario del nacimiento de San Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, fundador del Opus Dei, el Padre, como le llaman sus hijos y le llamamos todos los que conocemos y amamos al Opus Dei.

Yo entré en contacto con la Obra en 1975, gracias a un excelente cuñado que me acercó a ella. Desde el primer momento me captó su espíritu. La santificación está al alcance de cualquiera, se trata “simplemente” de cumplir fielmente y con alegría (esta es otra nota característica de la Obra) con los deberes ordinarios del cristiano, colocando a Dios en la cumbre de las actividades humanas. ¡Qué maravilla! Se me podrá objetar

que eso ya se sabía, que no es nada nuevo. Sí, sin duda, pero San Josemaría vino a recordárnoslo y darnos las claves para conseguirlo, y sus hijos, mis fraternales amigos, no dejan, constantemente, de recordarlo y de poner a nuestra disposición los excelentes medios de formación que la Obra tiene. No me cabe duda de que Dios suscita en cada momento de la Historia, en almas generosas y fieles a su llamada, la idea oportuna y el camino a seguir para ser santos. Así ha sido y será, por eso han existido San Agustín, Santa Teresa, San Francisco, San Ignacio, San Francisco Javier y San Josemaría entre otros. Se da además otra circunstancia personal. En mi condición de militar profesional, el espíritu del Opus Dei encaja perfectamente en nuestro estilo de vida. Nosotros, los militares, tratamos de sublimar una serie de virtudes humanas, que no siendo en absoluto privativas de la profesión, necesitamos vivirlas más intensamente para cumplir mejor con nuestros deberes y obligaciones.

Por todas estas razones y después de haber pasado muchos años cargando con la familia en diferentes destinos y ciudades de España, cada año con un hijo más, llegó un momento de cierta estabilidad aquí en Madrid. Nos quedaba nuestro séptimo hijo, al que había que enviar al colegio, y naturalmente su madre y yo pensamos en Retamar. Tras las entrevistas reglamentarias en las que se nos informó puntualmente del ideario del Colegio y de la forma de instruir y formar a los chavales, nuestro hijo fue admitido y allí se ha educado a plena satisfacción de nosotros, sus padres. Me parece oportuno aclarar lo de la “plena satisfacción”. En Retamar no se preocupan solamente de hacer estudiar y de instruir a nuestros hijos, que lo hacen –y bien– a poco que el muchacho responda. Lo importante de Retamar es que todos los que formamos parte del Colegio –padres, profesores, empleados y alumnos– aprendamos a santificar el trabajo, a dar la importancia debida a las cosas pequeñas, a poner el esfuerzo en la adquisición de virtudes que nos llevan a ser desprendidos y generosos, a ser veraces, a sacrificarnos por los demás prestándoles ayuda con sentido solidario, a vivir la austeridad con auténtico sentido de pobreza... Si todos somos capaces de crear ese clima en el que nuestros hijos se educan, el éxito está garantizado y daremos al mundo y a España españoles hidalgos y valientes, gracias al esfuerzo de padres, profesores y alumnos, según el orden en que los colocaba San Josemaría. Así que larga vida a Retamar y gracias por todo.

Eduardo González-Gallarza

Modelos



Aprovechándose de la natural inclinación humana a imitar (sin que esto suponga ninguna imperfección), mucha gente se dedica a fabricar modelos, sobre todo porque son rentables. Y así nos hacen creer que si tenemos tal coche o usamos tal perfume nos pareceremos al personaje famoso que tiene ese coche o usa ese perfume. La industria cinematográfica y musical hace su agosto vendiendo camisetas, deportivas, gorras y hasta el tinte de pelo que facilite parecernos a los que a dichas industrias les interese. Entre los jóvenes, ávidos buscadores de modelos a quienes imitar para afianzar su personalidad, todo este comercio pega muy fuerte.

En nuestra época, cada vez más comúnmente llamada post-modernidad, hablar o escribir sobre lo que no es de estricta actualidad entraña el riesgo de no ser comprendido por los interlocutores o lectores o que te miren como si estuvieras loco o fueras prediluviano. Los modelos, los verdaderos modelos, las personas que son ejemplo para los demás, no están de moda. No son un tema vigente. Irónicamente está muy bien visto hablar hasta la saciedad de modelos artificialmente concebidos y tener muy en cuenta cómo se viste, qué hace, qué lugares frecuenta, qué yogur toma, etc., para hacer yo lo mismo e intentar “tomar su ejemplo”.

San Josemaría, en cambio, no quiso ser modelo. Lució, era inevitable que así fuera, porque la tarea que le había encomendado Dios era muy grande. Y aunque no quiso ser

modelo (quizás porque un auténtico modelo se da cuenta de lo lejos que está del verdadero Modelo que es Jesucristo) lo fue y lo sigue siendo.

Porque la persona modelo es la que nos abre la ventana para que descubramos por nosotros mismos las cosas que valen. Es como si dijera: mira ahí fuera, no te quedes en el cómo he hecho vida yo esos valores, en cómo los he encarnado. Mira esos valores, hazlos tuyos, dales tu impronta personal, sé original. Los valores no cambian ni cambiarán jamás, lo que va cambiando a través de los tiempos y las personas es la manera de hacerlos vida en nuestras vidas, con estas –y no otras– circunstancias que me tocan vivir. Puedes fijarte en cómo lo hago yo si eso te ayuda, pero no te pares en mí, mira a Jesucristo, déjate transformar por Él.

En este sentido, cuando San Josemaría se daba cuenta de que Dios le pedía que fuese **“santo y padre, guía y maestro de santos”**, abría la ventana o casi mejor dicho la puerta, para que todos los que quisieran, se asomaran allí y pudieran ellos también ser santos porque a esto estamos todos llamados; padres, es decir engendradores en amor de hijos biológicos o espirituales; guías y maestros de santos, porque como padres debemos nosotros también ayudar a seguir caminos de verdad en exigencia y ejemplo, en templanza y nobleza.

Nuestra vocación humana es comprometerse a fondo en lo que vale la pena. La vida es terriblemente seria y la vida cristiana muy exigente, y el que diga lo contrario miente o no se ha enterado de nada. Quizás vaya siendo hora de comprender que sin virtudes, sin la encarnación de valores, sin hacer carne y sangre aquello que verdaderamente hace crecer a la persona, no seremos felices nunca.

Prueba de la entrega abnegada de la vida de este predilecto hijo de Dios, es este Colegio. Nació bajo su impulso y ojalá que todos los que tenemos alguna relación con Retamar, queramos conocer con seriedad y profundidad a San Josemaría Escrivá de Balaguer y conociéndole, le aceptemos como un ejemplo vivo, como un modelo actual; como padre, guía y maestro.

María Bellver de Serra

Una visita importante

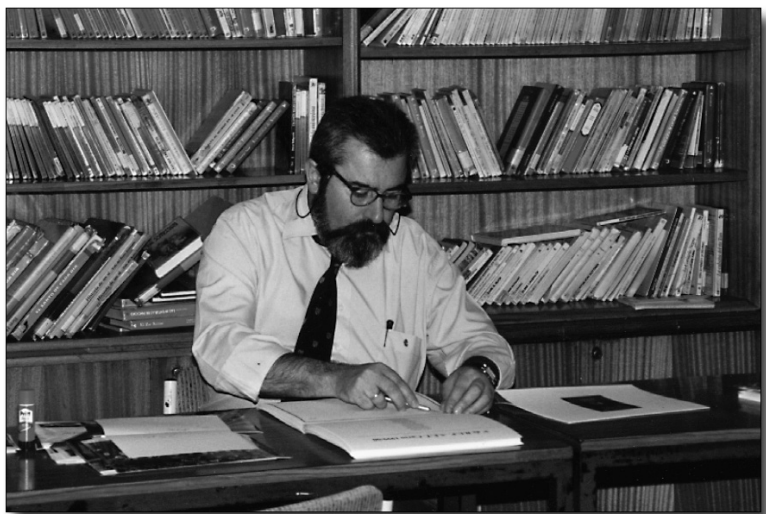
Contaba 16 años. Había oído hablar del Fundador y me había forjado la idea de un mito: alguien a quien nunca conocería, porque como tal me parecía inaccesible e inalcanzable.

Corrieron rumores de que San Josemaría visitaría el Colegio y los rumores se tornaron rea-

lidad. Aquella soleada mañana de sábado, cuando hice acto de presencia en el Colegio, se respiraba el nerviosismo del gran acontecimiento que estaba a punto de acaecer. Se esperaba su llegada con un calmoso nerviosismo, se cuidaban los últimos detalles. Yo observaba con la mirada de crío en edad difícil que, a pesar de su formación cristiana, nada tiene claro e incluso hay en él un punto de agnóstico. Ignacio López-Jurado me dio un ambientador spray para perfumar el ascensor —«olor a rosas»—. Dada la relevancia del personaje, metí la mano en el ascensor y terminé con su contenido. Como consecuencia a San Josemaría se le acompañó al Salón de Actos por la escalera exterior. Aún hoy, después de tantos años, me da la impresión de que el ascensor sigue oliendo.

Por fin llegó el momento tan esperado. El Padre hizo su aparición en el Colegio y en lugar de explotar los nervios, con su presencia se hizo la calma. Subimos a la primera planta (¡por la escalera!) camino del Salón de Actos y dio comienzo la esperada tertulia. Recuerdo incluso algunas de las preguntas que se hicieron, y sobre todo recuerdo el cariño con que contestaba anteponiendo el “hijo mío”. Era sorprendente la energía que irradiaba a su alrededor, sus movimientos ágiles, su mirada serena, penetrante y convincente, y una forma de hablar que te llenaba de paz e invitaba a seguir su “camino”. Quizá fue en esta tertulia donde desapareció mi punto de agnosticismo, ya que a partir de ella se reanudó el rezo del Santo Rosario en mi familia, una buena costumbre que tenía perdida.

Ladislao Sastre



A un amigo que nunca conocí

Quiero hablar sencillamente de un hombre, un gran hombre, el cual sin conocerlo se fue ganando día a día mi amistad. Es lo mejor que tengo para ofrecerte, Josemaría, una amistad profunda y un sincero agradecimiento.



Hace diecisiete años estuve buscando cuál sería de todas las posibilidades la mejor y más adecuada elección para mis hijos —su educación y futuro era lo más importante en mi vida—, y después de muchas vueltas y mucha información consideré que quería formar a mis hijos en Retamar. En ese momento me di cuenta de que aquí iba a comenzar nuestra gran andadura juntos.

Retamar se convirtió en la segunda casa de mis hijos. Tú, Josemaría, —a través de todos los profesores, preceptores, sacerdotes, directores— y yo hemos sido cómplices, confidentes, en la formación de Jorge, César, Javier, los hombres del futuro.

Eres mi buen amigo, porque pusiste a mi disposición y sin objeciones a las mejores personas de que dispones. Me diste paciencia, comprensión, toda la ayuda posible y bondad. Yo te confié a mis hijos y me has devuelto unos hombres de bien: buenos y trabajadores.

Hemos colaborado durante dieciséis años en la misma empresa y afirmo con rotundidad que ha sido un profundo éxito.

Te he conocido, Josemaría, durante muchos años y en muy distintas facetas, a través de Alberto, Enrique, Lucio, Andrés y tantos otros. Creo que un poco ya te conozco a ti, por eso quiero darte las gracias de verdad, de todo corazón y decir: “tengo un amigo que vale un tesoro”.

Gracias, Josemaría.

Mercedes Morenés de Vázquez

El oasis

En el transcurso de cien años suelen producirse infinidad de cambios, camino de un progreso que al margen de sus aciertos, pueden resultar con frecuencia peyorativos porque los manejamos en apoyo de nuestras propias iniciativas, casi siempre egoístas.

Cien años, por mucho que nos empeñemos en rellenarlos de descubrimientos afortunados y espectaculares, capaces de proporcionar ráfagas de alegría, también acarrearán desaciertos, catástrofes, no sólo ecológicas, sino asimismo familiares, laborales, artísticas, financieras, amistosas y sensitivas, abocadas a convertir la belleza del mundo en el que vivimos, en un desierto plagado de espejismos con apariencia de oasis.

Y es que en nuestra ignorancia, meramente humana y deficiente, las enseñanzas que avivan nuestra esperanza convierten la razón más importante de nuestra vida emotiva, en una pobre parodia del amor que nos espera más allá de los espejismos de esta tierra

No obstante si nos introducimos en las enseñanzas que se apoyan en las verdades eternas, tenemos garantizados no sólo el señorío de la convivencia, sino la paz del alma y el bienestar humano, tanto en nuestras circunstancias espirituales como materiales, tal como San Josemaría Escrivá de Balaguer nos enseñó cuando fundó el Opus Dei, cuya principal directriz consiste en vivir nuestra existencia normalmente, a condición de pensar menos en nosotros mismos y tener en cuenta el bienestar sereno y gozoso de los demás, a base de convertir el amor que mueve el mundo, no sólo en un sentimiento, sino en una actividad capacitada para producir la paz del alma y encauzar nuestros sentimientos, según el dictado de la esperanza.

Y eso es precisamente lo que con entusiasmo, esfuerzo, acierto, serenidad y alegría (más allá de cualquier derrumbamiento por grave que sea) transmiten los centros como Retamar, convirtiendo el desierto de la vida en un oasis real y polifacético.

Mercedes Salisachs



San Josemaría Escrivá y la educación

por Juan Cesáreo Ortiz Úrculo

Escrivá de Balaguer redescubrió algo ya conocido, porque era tan antiguo y nuevo como el Evangelio: “ser perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”. Pero lo proclamó cuando el mundo parecía haberlo olvidado. Cuando aquel pensamiento se había sustituido por la idea de que unos se retiraban del mundo para buscar la santidad y otros seguían en el mundo tratando, en el mejor de los casos, de no ofender a Dios, el fundador de la Obra recordó que todo hombre está llamado a santificarse en las cosas ordinarias de la vida, hasta en las más pequeñas, y, desde luego, en su familia y en su trabajo. “*¿Quieres de verdad ser santo? —Cumple el pequeño deber de cada*

momento: haz lo que debes y estás en lo que haces” (Camino 815).

Esto parece y es muy sencillo, pero a veces las cosas más simples sólo pueden ser explicadas y realmente comunicadas al mundo por quienes son elegidos para ello. San Josemaría “se dejó utilizar por Dios” para ese cometido. En palabras suyas, de verdadera humildad, fue como el sobre que sirve para hacer llegar la carta, para hacer llegar aquello que realmente importa e interesa conservar.

Se apuntan como rasgos de su carácter y de su enseñanza, el amor al trabajo bien

hecho, la defensa apasionada de la libertad, el buen humor y el sentido común.

Es bueno recordar algunas de sus frases para comprender el núcleo de su pensamiento. *“Hacer las cosas bien -decía citando a Antonio Machado- importa mas que hacerlas”*

“El estudio, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros (se entiende, entre todos los cristianos), y al que pueda ser sabio no le perdonamos que no lo sea”.

Su forma de vivir y de trabajar fue también un ejemplo para todos. Se ocupó de la enseñanza; de quienes han de impartirla y de quienes deben recibirla. Promovió Colegios y Universidades, empezando por la exigencia personal.

Habló de la familia en clave de confianza: *“La clave de las relaciones paterno-filiales -decía- está en la confianza. Dar libertad y enseñar a administrarla con responsabilidad personal”.* Incluso *“es preferible que los padres se dejen engañar alguna vez”;* porque *“la confianza que se pone en los hijos hace que ellos mismos se avergüencen de haber abusado, y se corrijan; en cambio, si no tienen libertad, si ven que no se confía en ellos, se*

sentirán movidos a engañar siempre”. Esta confianza en los hijos viene de la confianza en Dios; que no todo depende del hombre.

También recomendó a los padres que afronten con perspectiva y con humor las cosas “nuevas” que hacen sus hijos, si no son malas, y aunque no sean objetivamente mejores que otras “de antes”, porque son simplemente “otros modos de vivir” (Conversaciones 100).

Y como en el trabajo se ha de encontrar la santidad, el trabajo debe ser digno de Dios.





Por eso debe estar bien hecho. Hecho con amor, con esmero, con rigor. *“Si quieres de veras santificar el trabajo, hay que cumplir ineludiblemente la primera condición: trabajar, ¡y trabajar bien!, con seriedad humana y sobrenatural”* (Forja, 698).

Un Colegio, obra corporativa del Opus Dei, como es Retamar, tiene pues un gran reto. Difícil: nunca estas cosas fueron fáciles, pero de enorme importancia y atractivo. Enseñar a los alumnos con el ejemplo de sus profesores; transmitir una religión comprensible y comprendida, actualizada en sus formas, susceptible de ser después vivida y de ser comunicada a otros. Educar en los valores humanos, como el respeto a los demás, la ayuda a los que más la necesitan, la cultura, el trabajo...

Los tiempos que corren exigen una continua formación, un continuo reciclaje hasta de comportamientos. Escrivá de Balaguer dijo que *“el Opus Dei no tendrá necesidad de adaptarse al mundo, de ponerse al día, porque las personas que a él pertenecen son del mundo”*. Y esto, -que es verdad en el sentido que quiso darle por comparación con quienes para santificarse se retiran del mundo-, no quiere significar que quienes están hoy en el mundo, o en el Colegio, no deban constantemente atemperarse a los cambios y avances, que los hay, si quieren cumplir *“con un trabajo bien hecho”*, sin caer en desilusiones o soluciones facilonas.

Los alumnos de hoy han de procurar moverse con naturalidad en los idiomas, enriquecerse en cultura y conocimientos importantes y básicos para comprender los grandes temas y saberlos explicar; han de adquirir la costumbre de hablar en público, de saber mantener una conversación, de callarse y escuchar, de alcanzar como cristianos una educación y una formación que hoy puede llenarse, mucho más que antes, de explicaciones, de razones y de claridad, sin ñoñerías, que el Fundador rechazaba; con datos también, por supuesto, que la memoria habrá de retener, pero los indispensables; con libertad.

El Colegio ha de formar personas para el mundo que han de vivir. La palabra de Monseñor Escrivá adquiere cada día más sentido: *“es obligación grave la formación”*. Pero esa formación ha de ser la que hoy se



exige, la actual, la que será útil y servirá a quien la recibe y a quienes se beneficiarán de quien la ha recibido. El Colegio se encuentra en la tesitura de ser una avanzadilla de la educación. De trasformarse constantemente con “los buenos” avances del nuevo mundo.

La enseñanza tiene ahora por delante un inmenso horizonte. Costoso, sí, pero apasionante y precioso, lleno de confianza, si es

que se siguen los pasos de San Josemaría, si es que se siguen, como él lo hizo, de la mano de Dios.

Y como siempre, habrá que escuchar y analizar con reposo y en silencio todas estas reflexiones, que no están en el ruido ni en las tormentas, sino en la suave brisa, porque vienen de Dios. Yo creo que así lo entendería y lo querría el Fundador del Opus Dei.

